

DYLAN MARTINS

Martina
y su Objetivo



DYLAN MARTINS

Martina
y su Objetivo

Martina y su objetivo.

©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins

1ªEdición: Mayo, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)



Prólogo

Ahí estaba otra vez, delante de “Cruella de Vil”, esperando a que se le cambiara la cara de agria que tenía para que me dijera qué le parecía mi artículo.

“Cruella de Vil” era como yo llamaba a mi jefa. No es que fuera mala persona, pero un poco exigente sí que era. Siempre le encontraba fallos a los artículos que escribía y yo, la verdad es que... Tenía razón, eran muy malos. ¿Pero qué podía hacer con los encargos que me daba? Para ella aún seguía siendo esa becaria que solo podía encargarse de temas que ya se había hablado en cada revista y programa del corazón.

Bajó sus gafas, se las dejó colocadas en el puente de la nariz, sin cambiar ese rostro que parecía típico de quien se había comido un limón y me miró. Pestañeé, aguantándole la mirada como podía.

—Martina... —suspiró.

Según el tono de su voz, supe exactamente qué era lo que venía a continuación.

“Esto es una mierda”.

—.... Esto es una mierda —terminó de decir, como yo ya sabía que iba a hacer.

Suspiré, frustrada. Si es que no hacía nada bien. Hacía no muchos meses que había terminado mi contrato como becaria y me dio la oportunidad de seguir en la revista “Persecución” con un contrato temporal. Pero nada de lo que hacía la impresionaba. Y era lógico, para qué mentirme a mí misma. Si es que cuando me ponía a “perseguir” a los famosos, ya les habían sacado la competencia hasta una prueba de ADN para conocer sus antepasados de diez generaciones...

—Me diste a cubrir una boda de la que ya se sabía todo —me defendí.

—¿Y eso es una excusa? Muchas de las cosas no se sabían y, desde luego, los lectores no las sabrían por nosotros porque nunca damos ¡una primicia! —se quitó las gafas, se apretó el puente de la nariz y resopló, supongo que por desesperación.

Pues toda la culpa no es mía, pensé.

Me quedé esperando a que Cruella me diera el ultimátum que esperaba. Ya me lo había advertido un par de veces y por su cara sabía que iba a ser ese día.

—Tengo personal de sobra, lo sabes...

—Lo sé...

—No te necesito, Martina. Eres una periodista como otra más. Pensé que podías dar más de ti, pero parece ser que me equivoqué.

—Dame otra oportunidad, Karen —era el verdadero nombre de Cruella y le pegaba, no sé por qué toda las Karen que conocía eran altas, morenas, guapas y tenían operadas hasta las pestañas.

—¿Otra oportunidad para que me vuelvas a traer otra mierda como esta?

—Otra oportunidad para demostrarte que soy capaz de hacer algo bueno si me dejas total libertad.

—¿Me estás pidiendo que te deje, además, elegir sobre qué vas a escribir? Quiero una exclusiva, Martina y no creo que estés lista para traerme algo interesante.

—Lo haré —dije muy segura. Pero de lo único que estaba segura es de que tenía una hipoteca que pagar y que no podía quedarme sin trabajo en ese momento.

—Eres una buena redactora, quizás te iría bien en otro lugar, pero no en una

revista como esta, Martina.

—Soy buena, solo necesito la oportunidad de demostrarte que, dejándome vía libre, puedo conseguirte la exclusiva del año —vi cómo me miraba con las cejas enarcadas, no se lo creía y, para ser sincera, yo tampoco. ¿Qué iba a poder averiguar que no hubieran hecho ya los demás? — Por favor, Karen. Solo una oportunidad más.

—Está bien —suspiró—. Pero será la última, Martina. Si no me traes algo realmente bueno, tendré que prescindir de ti.

—Lo tendrás, te lo prometo.

—Lo veremos en dos semanas... —suspiró, no estaba para nada convencida de no echarme a la calle en ese momento.

—¿Dos semanas? —casi lo pregunté chillando.

—No, lo quiero antes, pero te daré dos semanas como límite. Catorce días a partir de ahora. O me traes la exclusiva del año o te vas al paro.

Bueno, más clara no podía ser. Afirmé con la cabeza y me levanté, mi mente ya dándole vueltas a qué iba a hacer para poder conservar mi trabajo y poder pagar la hipoteca de la casa que me acababa de comprar.

Ser periodista no era un trabajo fácil y aunque la revista en la que trabajaba tenía sede en Miami, que era donde vivían la mayoría de los famosos que daban juego en la prensa del corazón, ellos solían vender su vida y embolsarse el dinero que le diera el medio de comunicación por sacar su vida a la luz, dejando a gente como yo, que comíamos de estar pendientes a cada uno de sus movimientos, sin absolutamente nada que contar.

Pero eso tenía que cambiar. Muchos de ellos eran celosos con su vida privada y yo no estaba dispuesta a quedarme en el paro. Iba a conseguir la exclusiva del año. Iba a conseguir que la revista en la que trabajaba se hiciese con la mejor exclusiva de la historia del mundo del corazón.

Iba a conseguir que se hablara de mí. Joder, iba a conseguir que me dieran un premio, o al menos un reconocimiento por sacar a la luz algo que...

—¿Qué? —me pregunté a mí misma, suspirando mientras salía del despacho de mi jefa y me cagaba en la vida porque, la verdad es que no tenía ni idea de cómo iba a salir de ese embrollo.

Se me ocurriría algo, tenía que autoconvencerme de alguna manera.

Me senté en mi silla y negué con la cabeza a mis compañeros, en ese momento no tenía ganas de contarles nada. Lo único que quería era que ese bombillita invisible que todos tenemos en el cerebro se encendiera, dándome la idea que necesitaba para que mi vida y mis sueños no se esfumaran. Y tuviera que volver, con el rabo entre las piernas, con mis padres, esos que aún seguían viviendo en ese pueblo de España dejado de la mano de Dios.

Algo se me tenía que ocurrir y el tiempo se me acababa. Catorce días para escribir la exclusiva del año.

Comenzaba la cuenta atrás.



Capítulo 1

—Uy, por la cara que traes adivino que no le gustó nada el artículo...

Miré a Max cuando entré en mi apartamento, dejé el bolso encima de la mesa del salón y me senté en el sofá, a mi lado.

—¿Qué haces aquí? Dime que viniste a prepararme la comida —puse los pies encima de la mesa baja que solo usaba para eso, como hacía él, y suspiré al dejar a mi cuerpo descansar.

—Sabes que no sé cocinar, pensé que tú habrías dejado algo hecho.

—¿Y desde cuándo cocino yo? —no lo había hecho nunca, si había algo que echaba de menos de mi país era llegar a mi casa después de un largo día de trabajo y encontrarme con la comida hecha. Porque ninguna comida sabía cómo la de mi madre, eso seguro, pero una tenía que habituarse a comer precocinados, sándwiches o comida basura, que era para lo que daba el tiempo y el dinero.

—Ese cuerpo que tienes no es que lo mantengas del aire precisamente.

—¿Me estás poniendo de gorda? —lo miré con los ojos entrecerrados, si era así, iba a salir volando por alguna de las ventanas de ese séptimo piso.

—Sabes que no, ojalá tuviera yo el cuerpo que tú, con esas caderas y esas tetas... Y un poco más de culo porque hija mía, de eso sabemos que no es que estés muy bien dotada —rio, pero a mí no me hizo ninguna gracia que hablara

sobre mi mayor complejo—. Pero la vida es como es y me hizo nacer en el cuerpo equivocado.

Max era mi mejor amigo, la verdad es que era el único amigo que tenía en esa ciudad. Lo conocí nada más llegar cuando la primera noche fui a tomarme una copa a un pub. Con mi puntería habitual, entré en un bar de ambiente y cuando me quise dar cuenta, que lo hice porque una chica medio me acorraló para, supuestamente, conocerme, Max me salvó de la situación. Desde entonces éramos inseparables. Pero inseparables en el más estricto sentido de la palabra, porque casi vivía conmigo.

Hacía poco que me había arriesgado a comprarme ese apartamento. Cuando mi sueldo aumentó y dejó de ser el de una becaria, me lie la manta a la cabeza y me hipotequé pensando que iba a tener una gran carrera como periodista allí, pero las cosas no habían salido como esperaba.

Mi carrera estaba a punto de irse al traste y si eso era así, yo perdería mi casa y me tocaría volver a mi país natal. Bienvenida a España... La frase que mi madre estaba deseando pronunciar pero que yo, para nada, quería oír.

La cuestión era que ahí estaba con Max, mi gran amigo y el mayor gorrón del mundo. Nuestra amistad se hizo tan fuerte que al comprarme el apartamento, no se me ocurrió otra cosa que darle una copia de las llaves por si alguna vez yo perdía las mías, algo que era normal porque era un verdadero desastre o por si necesitaba algún otro tipo de favor. Pero si llego a saber que con esas se lo toma como una invitación para casi ser mi compañero de piso...

Y no estoy exagerando, es que a veces me despertaba y ya él estaba allí. Vamos, que tenía el armario de la habitación de invitados, donde dormía más de una noche, con ropa suya. Incluso su cepillo de dientes y sus cosas de aseo en el baño, ya os lo podéis imaginar todo...

—Yo creo que más bien que hacerte nacer con el cuerpo equivocado, lo que te hizo fue nacer con el cerebro equivocado, Max...

—Con ese humor que me traes hoy, está claro que el artículo, según Cruella, es una mierda.

Sí, así era y Max me conocía muy bien.

—Acertaste... —suspiré.

—Espera aquí que preparo un par de sándwiches y ahora me lo cuentas

todo.

Se levantó rápidamente y no tardó mucho en venir con la comida, porque hasta los sándwiches los compraba ya preparados. Sirvió una copa de vino para cada uno, se colocó en el sofá, los pies encima de la mesa, la comida sobre sus piernas y...

—Ahora sí, cuéntame qué es lo que te dijo esa bruja —le dio un gran mordisco al sándwich y me miró, esperando a enterarse del chisme.

—¿Qué me va a decir? Pues que el artículo era una mierda. Y es que lo era, si me mandó a hablar sobre una boda de la que ya todo el mundo sabía algo —resoplé, bebí un poco de mi vino y le di un bocado al sándwich.

—Nada de lo que escribes es una mierda, Martina. Tienes talento, lo que pasa que no te dejan aprovecharlo.

—Pues estoy dudando de que sea así...

—Sabes que no me gusta que dudes de ti. No puedes hacer demasiado con la poca libertad que te dejan. Un periodista necesita eso, no estar tan atado. ¿Qué exclusiva va a conseguir así?

—Pues eso le dije cuando tuvo la intención de despedirme.

—¿Te quiso despedir? —preguntó escandalizado— Menuda perra...

—No es mala gente, mira por su negocio, Max.

—Bueno, sí, lo sé, pero no la llamamos Cruella por ser precisamente el alma de la fiesta —puso los ojos en blanco y yo me reí.

—Le pedí o, mejor dicho, medio le rogué, que me diera otra oportunidad.

—¿Rogarle a esa? Yo le hubiera dicho que ahí se queda y me iba tan tranquila.

—Ya, por eso estás en el paro, viviendo con tus padres y gorroneándome a mí —lo miré con las cejas enarcadas.

—No estoy en el paro, estos meses tengo varias sesiones de fotos.

—Que para lo que te pagan, es lo mismo que estar en el paro.

—Eso sí —torció el gesto.

Max era un guaperas, un rubio de ojos verdes con un cuerpo de infarto. Llevaba años intentando ser modelo y a veces conseguía hacer sesiones fotográficas, algún que otro anuncio, pero poco más, en Miami no era fácil dedicarse ni vivir de ese mundo, estaba saturado. Como ocurría con el mío.

—Por eso te digo que deberías de mirar otras cosas, tenemos ya una edad, Max...

—Una edad la tendrás tú que rondas los treinta y ocho, a mí me dejas que aún soy muy joven.

—Uy, sí, perdóneme usted, señor adolescente de treinta y cinco años —me reí.

—Me queda toda una vida por delante... Entonces dime, ¿en qué quedaste con ella?

—Le pedí vía libre, le dije que conseguiría el artículo de mi vida y la mejor primicia que la revista hubiese tenido nunca, que me diera esa oportunidad y que si no lo conseguía, pues que me mandara al paro.

—¡Esa es mi chica! ¿Aceptó?

—No lo tenía muy claro, pero acabó aceptando.

—Me alegro por ti. Pero... ¿De qué será la primicia que va a ser el gran salto en tu carrera?

—Ese es el problema —torcí el gesto.

Mientras masticaba, Max no dejaba de mirarme a la cara. Estuvo así unos segundos que se me hicieron eternos hasta que finalmente se tragó lo que tenía en la boca y habló.

—No tienes nada de lo que hablar, ¿no?

Resoplé, desesperada.

—Pues claro que no.

—¿Entonces qué vas a hacer, Martina?

—No lo sé, Max, pero algo se me ocurrirá. Y si no es así... Siempre me quedará España.

—¿Y volver a escribir en esa revista local de mala muerte? ¿Renunciando a tus sueños aquí?

—Si no consigo el trabajo, no podré mantenerme mucho tiempo aquí, tendré que volver a casa —dije con tristeza.

—Pues si te vas, me voy contigo —dijo muy serio.

—Loca —reí.

—Loca sí, pero te lo digo en serio. Yo no quiero perderte, Martina, eres como una hermana para mí.

—Ni yo a ti, pero tu vida está aquí y la mía... Pues el destino se encargará de saber dónde. Pero no nos preocupemos por eso, aún me quedan, quitando hoy, catorce días para conseguir la exclusiva del siglo.

—¿Solo catorce días? —preguntó escandalizado.

—Sí, ese es el plazo que me dio.

—No te preocupes, algo se nos ocurrirá, aquí hay celebridades y noticias rosas a la patada.

—Eso espero, Max... —suspiré.

Terminamos con los sándwiches y nos pusimos a ahogar las penas mientras nos comíamos una tarrina de helado de chocolate de un litro. Con la televisión encendida mientras veíamos el programa del corazón más importante a nivel nacional, los dos le dábamos vueltas a la cabeza sobre cuál podría ser la exclusiva de mi vida.

—Cómo me gustaría verte algún día en un programa así, como esos periodistas, en la televisión.

—Ni en broma me siento yo en una silla de esas, no es lo mío. Yo prefiero estar en las sombras.

—Pues hija, tienes mejor porte que la mitad de las que están ahí, podías lucirlo bien.

—No empieces con eso, soy de lo más corriente. Y que no me sentaría yo jamás en un programa así, ni por todo el dinero del mundo.

—Nunca digas de esta agua no beberé, corazón...

—Lo digo porque será así. Es que me imagino ahí y ya me veo tartamudeando. Que no, prefiero el periodismo de calle y en las sombras. Y si no tuviera nada que ver con la vida de los famosos, mejor, pero es lo que hay. Tengo que mantener este trabajo como sea y aún no sé qué famoso puede darme la exclusiva que necesito...

—Pues quizás el soltero de oro —sonrió Max.

—¿Cuál de ellos? Porque creo que a estas alturas nos sabemos hasta el grupo sanguíneo de todos.

—Pues ese —señaló a la televisión.

Y lo vi, ahí estaba el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Nicolás Ugarte. No solo el soltero de oro de todo los Estados Unidos, sino el

hombre sobre el que nadie sabía nada y que había aparecido, no hacía mucho tiempo, como uno de los más respetados hombres de la alta sociedad.

No se conocía su pasado, ni de dónde venía. Nadie había logrado saber nada de él, lo único de lo que se tenía conocimiento es que su fortuna estaba entre las diez mayores del país.

¿Todo lo demás? Un enigma.

El titular de abajo ponía: “Nicolás Ugarte, el millonario misterioso, llegó hace un par de horas a Miami. ¿Tendrá intención de instalarse aquí? ¿Podremos descubrir, por fin, quién es el hombre más misterioso de los Estados Unidos? En unos momentos, nuestro compañero nos explicará lo que se sabe sobre su llegada a la ciudad.”

Las imágenes que se repetían decenas de veces era la de Nicolás Ugarte saliendo del aeropuerto y montándose, rápidamente en un coche que desapareció pronto en la lejanía.

Nicolás Ugarte...

—Te entiendo, si babeo hasta yo... —se rio Max— No sé quién será ese papi, pero si Dios existe, me hará el regalo de que sea gay.

—El hombre misterioso...

—Sí, el hombre más guapo y sexy del planeta. ¿Has visto esa cara? ¿Ese cuerpo? ¿Y ese culo? —estaba a punto de babear.

Sí, lo había visto, una ciega no era. Pero la lucecita que tenía en mi cabeza se había encendido, cegándome un poco. Y lo único que veía desde ese momento es que ese hombre podía salvar mi carrera.

—Creo que tengo objetivo a la vista... —sonreí.

—A ver, Martina. Que una cosa es que yo te diga que eres buena en tu trabajo, porque lo eres. Y otra es que te creas que puedes llegar hasta el hombre más hermético de todo el mundo y conseguir, siquiera, cuál es su bebida favorita.

—No será fácil, pero lo haremos.

—¿Cómo que lo haremos?

—Porque a partir de hoy, tú y yo tenemos una misión entre manos.

—No, la misión es tuya, no tengo nada que ver —negó inmediatamente.

—¿Me estás diciendo que eres un gay cobarde? —sabía que con eso,

conseguiría su ayuda.

—Martina... No vayas por ahí.

—Está bien, tampoco es que te necesite. Pero que ese me da a mí la exclusiva de mi vida, me la da —dije muy segura.

—Ajá... ¿Y cómo piensas burlar la seguridad de las docenas de guardaespaldas que tiene?

—Max... Ahí es donde tú entras en juego.

Mi amigo se me quedó mirando y abrió los ojos de par en par.

—Que Dios nos pille confesados —gimió al ver que no estaba bromeando.

Miré de nuevo a la televisión, a la imagen de Nicolás Ugarte que se repetía una y otra vez, los periodistas solo sabían hacer elucubraciones: que si era un fake, que si era un traficante, que si vendía su cuerpo...

A mí me daba igual lo que ese guaperas hiciera, yo estaba desesperada por conservar mi trabajo para no perder mi casa y tenerme que volver a España. Así que, fuera como fuera, yo iba a ser quien consiguiera saber toda la verdad acerca del hombre más hermético de la sociedad.

El multimillonario desconocido, Nicolás Ugarte.



Capítulo 2

—¿Qué estás haciendo?

Miré hacia Max cuando me habló. Estaba medio tumbada en el sofá, con el portátil en las piernas, intentando averiguar todo lo que pudiera sobre ese hombre. Es decir, nada.

—Este hombre está blindado —resoplé.

Max dejó unas pizzas que había horneado encima de la mesa, me hizo moverme y puso el pc para que pudiéramos ver los dos la pantalla.

—Nadie está blindado en esta vida y tú, siendo periodista, lo sabes mejor que nadie.

—Por eso mismo que soy periodista sé que por una buena suma de dinero, la gente puede mantener la boca cerrada.

—Habrá alguna forma de acercarse a él y de despistar a los gorilas que lo escoltan.

Me quedé mirándolo, no estaba tan segura de eso. Pero tendría que probar con algo.

—Sí, alguna forma tiene que haber de acercarme a él. Tengo que conseguirlo, Max, mi vida aquí depende de ello.

—Pues a ver qué encontramos... Pero come —me dio un trozo de pizza y seguimos leyendo noticias de la distinta prensa en internet— ¿Y si mejor te

olvidas de eso y buscamos otra gran exclusiva? —preguntó dos horas después.

—¿Qué? No, voy a hacerlo.

—Si a cabezota no hay quien te gane.

—No hay mayor exclusiva en el mundo de la prensa rosa que descubrir quién es ese hombre, Max. Lo haré, ya tenga que trabajar de interna en su casa.

—¿Tú de interna? Pero si usas vajilla de plástico para no fregar —rio a carcajadas.

—Es por ahorrar tiempo, que no tengo. Y agua... —me defendí— Mira, lo único que se sabe es que llegó de Orlando, donde tenía su residencia habitual y que ahora está instalado en esta mansión. Hay que entrar en esa casa como sea...

—Claro que sí. Nos colamos por la ventana, total, no creo que tenga alarma —dijo con ironía.

—Así no eres de mucha ayuda... —resoplé— Quizás yo tenga más complicado entrar, pero con tu ayuda... —sonreí, se me acababa de ocurrir algo.

—¿Mi qué? —casi se atragantó con la pizza— Ah, no, ni de coña me metes a mí en esto. Es tu exclusiva, no la mía. Tu trabajo, no el mío...

—Trabajo que si pierdo, no cobro y no podrás venir a gorronear, lo que significa que tendrás que estar con tu madre veinticuatro horas —me encogí de hombros.

—Joder... ¿Y qué quieres que haga?

—Primero termínate la pizza que esta noche vamos a salir...

—Que Dios no pille confesados —se persignó.

Y debía, porque aunque yo no tuviera claro cómo iba a acercarme a ese hombre, que lo conseguía, lo conseguía. Pero yo en Miami me quedaba, no volvía a ser reportera en aquel periódico local de mi país ni de broma.



Capítulo 3

—¿En serio era necesario tener que vestirse así? —preguntó Max.

Estábamos fuera de la mansión del señor Nicolás Ugarte, en medio de un bosque lleno de árboles por todas partes. Escondidos detrás de un enorme arbusto, haciendo la labor de cualquier periodista, acechar.

—¿Quieres dejar de quejarte? —me quejé.

—No, no voy a dejar de quejarme cuando estoy vestido de camuflaje. Y con tu ropa de camuflaje, que es peor.

—Eres gay, te encanta la ropa de mujer y, además, te queda mejor que a mí.

—Eso es verdad, al menos lo relleno de culo... —dijo orgulloso, haciéndome poner los ojos en blanco— ¿Pero me puedes explicar por qué tienes ropa de camuflaje en tu armario?

—En esta vida nunca se sabe... Y calla, que nos van a oír.

—¿A oír quién? Si estamos perdidos en medio de la selva, Martina. Creo que se te está yendo un poco la olla con todo esto, ¿eh?

—A saber si tienen cámaras y micrófonos por aquí...

—Pues si es así, se estarán descojonando de nosotros. Porque entre la ropa y lo mala que eres maquillando, parecemos dos payasos, así que muy de incógnito no es que vayamos. Y joder, me pica todo... No sé si recuerdas que me da urticaria con las plantas. Y llevamos dos horas aquí, tengo el culo

dormido...

—Deja de quejarte, estamos aquí para ver cómo podemos entrar. Te jodes con la urticaria, mi trabajo está primero. Y sobre el culo dormido... Mejor me callo.

—Tenías que haberte callado hace horas, sí.

Podía ser, pero a mí se me había metido entre ceja y ceja que yo iba a entrar en esa casa y lo iba a hacer.

—Vamos a poner a prueba la seguridad de esa casa... Jum... —me había metido en el rol de periodista detective.

—Lo que vas a poner a prueba es mi paciencia. Nos vamos ahora mismo y ya.

Tiró de mi brazo y lo empujé, cayó de espaldas y maldijo mientras se rascaba por el picor.

—Te quedas aquí, me vas a ayudar y listo. Ya se me ocurrió cómo hacerlo.

—¿Y cuál es esa gran idea? —preguntó desesperado.

Alumbré directamente con la linterna del móvil a su cara, dándole suspense a la situación.

—Vamos a hacer que los guardias te persigan para yo poder entrar dentro.

La cara de mi amigo era un poema, entre el horror y el sentirse cegado por la luz del móvil.

—De esta nos llevan a chirona —gimió.

Podía ser, porque con lo poco que servía Max para correr... Seguramente lo atraparían. Pero ya lo sacaría yo del calabozo. Mientras yo pudiera entrar en la casa y poder conseguir algo de información, lo demás no me importaba demasiado.

Y no era ser egoísta. Es que mi carrera y mi vida en ese país dependían de ello.

Tenía un trabajo que conservar.

Pues el plan estaba listo, era hora de ponerlo en marcha.

—¿Lo entendiste todo? —le pregunté a Max cuando terminé de explicarle, por tercera vez, qué era lo que tenía que hacer. Y tampoco es que fuera tan complicado...

—Sí, irme directo a pasar la noche en el calabozo —resopló.

—Solo serán unas horas, yo te saco luego, no te preocupes. ¿Pero lo has entendido o no?

—Que sí, pesada...

—A ver, dime qué es lo que tienes que hacer.

—Acercarme a la puerta de entrada e intentar saltarla, cuando salten las alarmas y vengan los gorilas, salir corriendo campo abierto mientras rezo porque no me atrapen. Así mientras entras tú en la casa para... No sé ni para qué quieres entrar o esperas conseguir.

—Alguna pista —puse los ojos en blanco.

—Claro, ¿qué mejor forma que hacerlo de esa manera? —preguntó con ironía— No tengo antecedentes penales, más te vale que esto no me joda mi carrera, Martina, porque como sea así, soy yo el que te va a mandar a España pero de una patada en el culo que te voy a meter. Que con antecedentes policiales no van a llamarme de ningún sitio y me quedaré sin mi carrera de modelo.

—En realidad ya estás en eso, tampoco es que te llamen de ningún lado, para tres sesiones de fotos que haces al año... Está bien, no me mires así —pero es que era verdad—. Y tranquilo, lo tengo todo controlado —era mentira, no tenía controlado nada, pero como estaba desesperada por mantener mi trabajo, tenía que recurrir a acciones desesperadas...

—Entonces a la de tres, comienza la “operación infiltración”.

—¿Tienes que decirlo con esa voz de detective? —resopló.

—Sí, intento ser dramática, como lo eres tú.

—Aún no sé qué hago metido en todo esto...

Porque necesitaba su ayuda y tenía que estar. Más simple que eso...

Comenzaba la acción, era hora de coger aire, intentar relajarse y entrar en esa casa. A ver qué podía conseguir allí.



Capítulo 4

Nicolás.

Hacía como dos horas que estaba sentado en mi sillón favorito, con mi vaso de ron en la mano y mirando en la pantalla la cámara de seguridad que mostraba la entrada principal de la casa.

Me había avisado John, el jefe de seguridad y mi mano derecha, para decirme que había dos personas escondidas en un arbusto. Seguro son periodistas, pensé. Como siempre, ellos siempre intentando averiguar cosas.

Pero enfocando mejor la imagen, viéndolos vestidos de camuflaje y con ese maquillaje digno de una película de Rambo, la verdad es que podían ser ladrones.

No me preocupaba, la seguridad en la que desde hacía poco era mi nueva casa, era perfecta. De no ser así, aún no me habría mudado a esa ciudad. Era muy celoso de mi intimidad y, sobre todo, un obseso del control.

John no tardó mucho en captar imágenes de los presuntos ladrones o periodistas para enviarlas y descubrir quiénes eran. No sabía si con ese horrible maquillaje podrían encontrar alguna información, pero como ya os digo, tenía a los mejores a mi lado. Y no tardaron mucho en ponerles nombres.

Max Smith, de treinta y cinco años, americano, soltero, vivía aún con sus padres. Aspirante a modelo, sin oficio ni beneficio.

Y su gran amiga, Martina Castillo, treinta y siete años, española residente en los Estados Unidos. Periodista de la revista “Persecución” (en ese momento, obviamente, puse los ojos en blanco, una de las revistas que más odiaba). Desde hacía poco, con un piso en propiedad en Miami, hipotecada para bastantes años y, al parecer, con su trabajo corriendo peligro.

Interesante... Me quedé mirando la foto de la chica, una foto sin maquillaje que me habían enviado y sonreí. Bastante guapa, una morena de ojos negros muy atractiva.

No había que ser muy inteligente para descubrir que todo lo que querían era entrar en mi casa y conocer algo, lo que fuera, sobre el gran desconocido de la sociedad.

Si era así, entonces iba a darles un poco de juego. La vida iba de emociones, ¿no?

Si esa mujer quería entrar en mi casa, no iba a ser yo quien le prohibiera hacerlo.

—¿Lo tienes listo? —le pregunté a John cuando volvió al despacho.

—Sí, todo tal como me pediste.

—Estupendo. Entonces ahora nos queda esperar cuándo empieza el juego, porque su próximo movimiento es bastante evidente —me reí.

—El juego puede acabar en su contra, señor.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tengo la impresión de que esa mujer se va a convertir en un dolor de cabeza para ti.

—No me viene mal un poco de emoción en la vida, ¿no me dices siempre eso?

—Sí, pero creo que esto no será solo algo con lo que pasarlo bien un rato, será una locura. Y te conozco, Nico, tú no dejas a cualquiera entrar en tu mundo. Si lo haces es porque hay algo en esa mujer que te ha llamado la atención. Si juegas con fuego, te puedes quemar. Solo te lo advierto eso.

Sí, tenía razón. Había algo en ella y no era solo la foto que vi. Tenía algo... Sus movimientos detrás de ese arbusto, su descaro, su poco sentido del peligro por lo que yo creía que estaba a punto de hacer. Pero controlaba, solo era un juego para mí, nada más.

Tenía ganas de jugar un poco y Martina se iba a convertir en mi objetivo, sin que ni siquiera ella lo supiera.

—El chico se acerca a la verja —dijo John, mirando a la pantalla.

—Que comience el juego entonces —me reí.



Capítulo 5

—A la cuenta de tres, sales corriendo y te subes a la verja —ya había llegado el momento de que Max hiciera su parte—. Uno... —su cara era de miedo— Dos... —en ese momento era de terror absoluto, no quería imaginarme cuando dijera...— ¡Tres!

—Joder —dijo antes de salir de detrás del arbusto y correr hacia la verja.

Se quedó unos segundos observándola, como yo le había dicho que hiciera. Tras esos segundos que me parecieron eternos, comenzó a subir por ella. Estaba ya arriba, medio sentado, cuando las alarmas de la mansión se activaron.

Ahora sí comenzaba la aventura, solo esperaba que pudiera ingeniármelas para entrar y que todo eso no fuera en valde.

Las luces de la casa y del exterior todas encendidas, el sonido de la alarma rompiendo el silencio de la noche y Max... Max comenzó a bajar cuando una docena de guardas de seguridad salieron corriendo de la vivienda.

La verja se abrió cuando aún Max no había terminado de bajar, la seguridad cada vez más cerca. Al final lo apresaban antes de que pudiera salir corriendo...

Era un espectáculo digno de ver.

Logró bajar a tiempo y comenzó a correr (¿por qué corría tan extraño?)

mientras los guardas de seguridad le pisaban los talones, ordenándole que parara.

Para mi alegría, no hubo nadie protegiendo la puerta. Pues vaya mierda de seguridad, pensé, poniendo los ojos en blanco.

Lentamente y mientras miraba a mi alrededor, logré pasar la primera barrera y un poco más tarde, estaba entrando, por una puerta trasera, en la casa.

¡Sí! ¡Lo había conseguido!

Estaba en la cocina, me agaché y me escondí bajo la mesa cuando oí pasos acelerados dentro de la casa. estaba metida en mi papel, eso seguro.

Moviéndome lentamente, intentando no hacer ruido, conseguí moverme por la casa aprovechando que toda la seguridad iba detrás del pobre Max, al que seguro habían apresado ya. Pero ya me preocuparía por eso y por su fianza más adelante.

En ese momento, lo importante era conseguir alguna información sobre ese hombre misterioso.

Llegué, con algo de trabajo, a lo que parecía ser su despacho. Bastante ordenado, por cierto. Como una delincuente de las mejores películas del cine, rebusqué, acojonada mientras rezaba porque no me encontraran a mí allí, porque entonces sí que me quedaba en chirona para el resto de mi vida, porque no tenía ni idea de cuáles eran las penas para el allanamiento de morada.

Lo que tenía que hacer una por una exclusiva de las buenas...

Miré encima del supuesto escritorio del señor Ugarte y cogí lo que parecía ser una agenda. Le eché un vistazo y ¡bingo! La agenda de todo lo que haría los próximos días.

Cena con no sé quién en no sé dónde, reuniones de trabajo... Pues vaya vida más aburrida que parecía tener el hombre.

Me guardé la agenda y seguí rebuscando en los cajones, pero no encontré nada que pudiera servirme. Maldita suerte la mía, algo tenía que haber. Todo el mundo tiene papeles con información personal en su casa, ¿no?

Tal vez en su dormitorio...

Sí, podía ser eso.

Al más estilo delincuente, seguí caminando por la casa, hasta llegar a lo

que debía de ser su dormitorio.

Joder, era más grande que mi apartamento.

Busqué con cuidado, pero nada. Lo único una nota dentro de una tarjeta encima de su mesilla de noche que ponía: “Gracias por una noche tan especial, vale la pena pagar por ti.”

¿Pero qué...? ¿Es que era prostituto?

La mandíbula no me llegó al suelo de milagro. Pero claro, eso me hacía entender muchas cosas.

Pero... ¿Si vendía su cuerpo, las reuniones de trabajo qué eran?

Pasó un rato más rebuscando, pero no encontré nada más que pudiera servirme. Iba a salir del dormitorio para poder irme (en cómo iba a salir yo de la casa, ni siquiera lo había pensado) cuando escuché pasos dirigiéndose hacia donde yo estaba.

Miré a mi alrededor y busqué dónde esconderme. No tardé demasiado en meterme bajo la cama.

Unos zapatos caros fue lo que pude ver.

—¿Lo habéis atrapado? —preguntó alguien con una voz muy varonil.

—No, lo siento. El chico fue bastante escurridizo, no pudimos cogerlo —dijo otro hombre, el siguiente par de zapatos que vi entrar.

—No entiendo cómo se os ha podido escapar, John. Algo falla en la seguridad de esta casa si doce guardas no son capaces de atrapar a un solo tío que intenta colarse.

Yo tampoco lo entendía, porque Max era de todo menos escurridizo, si lo tenían que haber pillado a la primera. Lo raro es que no se hubiera tropezado con la primera piedra en el camino o que se hubiera puesto en plan loca histérica pidiendo perdón para que dejaran de perseguirlo...

—Yo tampoco lo entiendo, pero como jefe del equipo de seguridad, me hago responsable de lo que ha pasado.

—Quiero nombres, quiero saber quién fue el que se despistó y cómo esto ha podido ocurrir. Y quien haya sido, lo quiero en la calle ahora mismo. Si no puedo estar seguro ni en mi propia casa, mal vamos —estaba claro que quien hablaba era don misterioso, el señor Nicolás Ugarte.

—Me encargaré de ello, pero deberíamos de aumentar la vigilancia y que

tomes en cuenta lo que llevo meses diciéndote, debes tener cámaras dentro de la casa también. Porque si alguien entra, ni nos enteramos —dijo John, porque ya me conocía bien el nombre.

—Joder, encárgate de ello, nunca pensé que tuviera que llegar a ese extremo. Quiero todo instalado mañana a primera hora.

—Lo estará. De todas formas los chicos están revisando los alrededores y yo revisaré la casa, pero nada indica que haya entrado nadie. Te aviso mañana cuando el sistema de vigilancia esté instalado— John se marchó.

—Menudo desastre —refunfuñó Nicolás y se sentó en la cama.

Aguanté la respiración, esperaba que no notara que había alguien más allí. Y eso que lo único que tenía ganas era de suspirar de alivio porque tan inteligente que me creía con mi gran plan, en ningún momento había pensado que pudiera tener cámaras de vigilancia también dentro de la casa. Mierda, estaba visto que yo, para allanar casas, no servía.

Pero tenía que relajarme, ahora solo me quedaba salir de aquel lugar.

Escuché resoplar un par de veces al señor Ugarte y vi cómo se levantaba de la cama e iba para el baño.

Esa era la mía...

Comencé a salir de debajo de la cama cuando vi que salía de nuevo. Joder, otra vez a esconderme. Vi cómo se quitó los zapatos. Seguidamente los calcetines. Le siguió la camisa porque la vi caer al suelo. Los pantalones y... Joder, hasta los bóxer.

Y yo no tuve otra que moverme un poco para mirar...

Madre mía, si era verdad que era prostituto, me lo creía con semejante cuerpo. El que vi enterito.

Gemí, no pude evitarlo y me mordí la lengua cuando vi que se quedó mirando alrededor, me había escuchado. Negó con la cabeza, como si se sintiera paranoico. Gracias a Dios no me vio.

Se acercó a la puerta de entrada, escuché como si la cerrara con llave y entró en el baño.

¿Cerraba con llave en su propia casa? No entendía nada.

Salí de debajo de la cama cuando pude y miré alrededor, la llave no estaba por ningún lado. Mierda.

Cuando el grifo de la ducha se cerró, no tuve más remedio que volver a mi lugar, debajo de esa maldita cama.

Nicolás, porque después de verlo desnudo iba a llamarlo así en mi mente, había confianza, salió envuelto en una toalla y tras secarse, se tumbó en la cama.

Y a mí me parecía que me iba a ser imposible salir de allí esa noche...



Capítulo 6

—Joder, ¡hasta que apareces! —gritó Max al verme entrar por la puerta de mi apartamento —Estaba a punto de llamar ya a las comisarías de policías a ver si ibas a ser tú la que estaba entre rejas —anduve, como pude, hasta el sofá, me dolía todo—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué andas así, medio doblada?

—¿Será porque tuve que dormir en el suelo? — me acomodé mejor, tenía todo el cuerpo agarrotado.

—Yo sigo sin sentir las piernas, no he corrido más en mi vida, te juro que pensé que me iban a coger y que me caería cadena perpetua.

—No seas exagerado, en todo caso me caería a mí que fui la que entró en la casa —dije yo, siendo la exagerada en ese momento, porque tampoco sería para tanto, ¿no?

—Suerte tunemos de estar aquí, a mí no vuelves a meterme en ningún lío así, aún tengo muchos culos que probar —resopló.

Me reí, no se podía ser tan bruto.

—A ti lo que te gusta es que prueben el tuyo, no vayas con el rol de macho —reí a carcajadas—. Mira, en la cárcel te hubieran dado sin pedirlo.

—Serás cabrona —rio Max—. Pero cuéntame, ¿qué pasó? ¿Por qué dormiste en el suelo? ¿Cómo has conseguido salir de allí? ¿Y qué haces vestida así, por

cierto?

Bueno, menos mal que había reparado en la ropa que llevaba.

—Por ir vestida así es que pude salir de allí —puse los ojos en blanco. Si no, ¿por qué iba a tener uniforme de mujer del servicio? Por cierto, era un poco de la época de mi abuela, no es que yo esperara que usaran minifaldas y cosas sexys, pero madre mía, debía de tener a gente de más de cincuenta encargándose de la casa—. Conseguí entrar....

—Sí, hasta ahí he llegado —dijo con ironía.

—¿Me dejas contar o me callo?

—Sigue...

—Entré en la mansión, rebusqué por todos lados y al final terminé en el dormitorio del señor Ugarte. Y al hombre no se le ocurrió otra cosa que acostarse a dormir después de dejar la seguridad en manos del encargado y no me quedó de otra que meterme debajo de la cama. Y te juro que me duele todo —gemí.

—Normal... Pero hija, ya podías haber salido antes, no sé, ¿cuando lo escucharas roncar?

—¡Pero si es que no ronca! Y no me pongas esa cara que es verdad. O no ronca o no durmió en toda la noche, pero como tampoco se movía... Además, había cerrado la puerta del dormitorio, por dentro, con llave. No tuve forma de encontrarla y no iba a arriesgarme a que me pillara allí. Así que hasta por la mañana no pude salir y menos mal que conseguí disfrazarme y salir de la casa como si nada —suspiré por el alivio que sentía al haberlo conseguido.

—Menos mal —suspiró él—. Me has tenido en vela toda la noche, tengo unas ojeras... —resopló, culpándose—. ¿Y ha servido para algo?

—¿Si ha servido para algo qué?

—Joder, pues que si te enteraste de algo. Porque si me dices que estuvimos a punto de ir a la cárcel o morir a manos de unos gorilas por nada, te juro que soy yo el que te ahorca y va a la cárcel con razón.

—No pude encontrar mucho, pero... —lo callé cuando ya lo vi que iba a darle algo—. Encontré esto —saqué la agenda y se la enseñé.

—Wow, un libro, ha merecido la pena arriesgar la libertad por eso —dijo irónicamente.

—Un libro no, pedazo de alcorcho. Es su agenda. Personal... —sonreí.

—Trae —me la quitó de las manos y comenzó a pasar páginas—. ¿Quieres decir que lo vas a seguir a cada uno de los lugares a los que irá?

—No, quiero decir que voy a contratar sus servicios —maticé.

—Y una mierda —dijo rápidamente—. ¿Se te va la cabeza? No creo que sea barato y que puedas permitirte. Además, no creo que con la agenda que tiene te coja de primera, te pondrá a la cola y se te pasarán los días. Que si vive de ello y nadie aún habló es porque sus clientas serán demasiado selectas, habrán firmado contratos y conocerá hasta su ADN.

—No estás entendiendo nada... —resoplé.

—A ver, ilumíname —dijo con ironía.

—Si miras en su agenda, mañana tiene una cita con Carla Jones.

—¿Y qué con eso?

—Pues que Carla Jones no va a aparecer, porque tú evitarás que lo haga. Apareceré yo.

—Claro que sí, la atropellaré —resopló—. ¿Y aunque consiguiera que esa mujer, que no sé ni quién es, no aparezca, ¿me explicas cómo que aceptará el trato contigo si ni te conoce? Además, ¿no tienes para pagarle sus servicios!

—Por lo que pone aquí, el servicio se paga al terminar. Yo le voy a pedir doce días con él, entonces desaparezco, no tendré que pagarle. Y sobre lo otro... Bueno, rezaré porque me acepte como clienta inventándome una vida y con un documento de identidad falso. Ya avisé a unos cuantos amigos, en un rato tendré la documentación y una vida nueva creada.

—Y te denunciará, pedazo de loca.

—No lo hará, primero porque sería un escándalo y porque la gente sabría la verdad entonces y segundo porque ya ese día sabrá quién soy y que sé toda la verdad sobre él. Lo chantajearé con que me dé una buena exclusiva a cambio de mi silencio. Porque tampoco quiero destrozarle la vida al hombre...

—Tú no estás normal...

—¿Pero a que es un buen plan? —pregunté emocionada.

—No, no lo es. En el momento que sepa tu nombre, te investigará y sabrá que eres periodista.

—Es que obvio no va a conocer mi nombre real, zopenco.

—No, si el tonto soy yo y no la loca a la que se le ocurre un plan tan estúpido.

—Es un buen plan y va a colar. Confía en mí.

—Confiar son palabras mayores... ¿Cómo esperas que esa mujer no aparezca mañana?

—Está todo pensado, tú dúchate, arréglate, que en una hora nos vamos.

—Se te va, Martina, se te va...

—Pero lo conseguiré, ya lo verás.

—Yo solo espero que las cosas no se te vayan de las manos.

—No pueden, está todo bien pensado.

—No me refiero a eso, Martina. Me refiero a que te quemes en otro sentido.

—¿En qué sentido?

—En que al final, con la tontería de conseguir información sobre él y pasar tanto tiempo con él, lo tuyo deje de ser solo un tema laboral.

—No te entiendo.

—Que te enamores, cabeza hueca.

—¿Enamorarme de un prostituto? En la vida —dije escandalizada.

—Pues eso espero, a ver si al final la exclusiva de tu vida te va a salir más cara de lo que piensas. Y no solo vas a tener que volver a tu país a tu antiguo trabajo, sino a sanar un corazón roto. Porque una mentira así no te la perdonaría en la vida, menos aún si la sacas a la luz.

—No digas tonterías. Es un objetivo para mí, jamás me enamoraría de un hombre así.

—Eso espero, Martina, eso espero...

No se podía ser más exagerado... En fin, era momento de empezar a arreglarnos para la cita.

Y la que habíamos liado para poder llegar a ese restaurante...

Cuando Max y yo salimos a la calle, lo tuve que medio obligar a acercarnos a su casa para que se pusiera un esmoquin. Tuve que volver a chantajearlo, como siempre. Pero para seguir el plan, tenía que parecer un camarero.

Y en esa estaba, como si fuera un camarero del restaurante, saludando a cualquiera que llegara. yo solo rezaba porque nadie se diera cuenta y lo echaran de allí de una patada en el culo porque para qué mentir, mi plan era

solo a base de suerte, pero es que no tenía nada más a lo que agarrarme.

Tenía que conseguir saber quién era la señorita Carla Jones y tenía que anular la cita. Por mí como si le decía que el señor Ugarte había cogido ladillas, me daba igual, pero de una manera o de otra, esa mujer no tenía que aparecer.

Y hasta que él no me diera el OK, ahí estaba yo, en el otro lado de la avenida, con un vestido que me estaba dejando sin respiración de lo apretado que estaba, esperando a poder ser quien cenara con el señor Nicolás Ugarte.

No mucho tiempo después, lo vi hablando con una mujer de unos cuarenta años. ¿Sería ella? Esperé como pude, casi comiéndome las uñas de gel...

Cuando Max me dio la señal de que todo estaba hecho, sonreí.

Ahora sí que empezaba el juego.

Crucé y recé porque el señor Ugarte no me rechazara. Me jugaba mi vida allí y no estaba dispuesta a perder.

Me temblaban las piernas mientras me acercaba a la mesa en la que estaba sentado el señor Nicolás Ugarte. Con un look informal pero bastante arreglado, estaba tranquilamente sentado tomando una copa de vino.

Solo rezaba por acercarme a él y que mis piernas me sujetaran para que no me cayera en el camino. O lo que era peor, que me tropezara con cualquier camarero con su bandeja en la mano... Porque no sería la primera vez que me pasaba.

Gracias a Dios, llegué bien...

—Señor Ugarte —dije cuando me paré delante de su mesa.

Lentamente levantó la mirada y dios mío... Ahí sí que estuve a punto de que mis piernas no me sostuvieran.

—Buenas noches —dijo muy serio.

—Buenas noches...

—¿En qué puedo ayudarla? Tengo una cita y...

—Lo sé, con Carla Jones —afirmé.

—Sí... Y usted no es ella —dijo con seguridad.

—La señorita Jones no pudo asistir esta noche a la cita, así que como somos grandes amigas, me tomé el atrevimiento de hacerlo en su lugar. Espero que no tenga ningún problema.

Me miró de arriba abajo y rezaba porque el vestido que me había puesto realzara mis atributos y me diera el visto bueno.

Se acercó a mí y retiró la silla, invitándome a sentarme antes de volver a su sitio.

—¿Y qué puedo hacer por usted, señorita...?

—Robert. Sarah Robert —lo sé, no era un nombre muy sexy, pero era el primero que se me ocurrió cuando pedí que me hicieran una identificación falsa.

—Pues usted dirá, señorita Robert, ¿qué puedo hacer por usted?

—Es fácil, soy yo quien quiere contratar sus servicios.



Capítulo 7

Nicolás.

Porque tenía mucha práctica en ocultar mis emociones, porque la verdad es que estaba a punto de reírme a carcajadas. Nunca, nadie, me había divertido tanto como lo estaba haciendo ella en pocos minutos.

Cuando me inventé la cita de esa noche con la tal Carla Jones, fue una apuesta arriesgada, intentando adelantarme a los movimientos de la intrépida periodista. Y no fallé. Ahí la tenía, en lugar de la mujer que ni siquiera existía.

Y quería contratar mis servicios...

Por dios, Nico, no te rías, pensé.

Desde hacía rato sabía que estaban afuera, si no fuera porque lo tenía todo planeado, su amigo Max no podría haber hecho desaparecer a nadie, le habrían dado una patada en el culo y lo habrían echado de la avenida, pero yo no dejé eso al azar, por supuesto.

Si ella se atrevía a venir, como yo pensé que haría, imaginaba cómo iba a actuar.

Si tenía una virtud, era adelantarme a los movimientos de los demás. Y ella era demasiado predecible para mí.

Podía seguir con el juego, seguirle haciendo creer que yo era un hombre que vendía su cuerpo. Pero tenía otro plan mejor para ella y para mí.

Esa mujer tenía algo que me llamaba demasiado la atención y eso no ocurría desde hacía mucho.

Las mujeres no me interesaban demasiado, nunca nadie me había hecho sentir nada más que el simple interés por el sexo. Y con mi vida hermética, me cuidaba mucho de con quién mantenía relaciones.

Pero ella era diferente. Periodista, lo cual no me gustaba nada. Pero podría lidiar conmigo mientras jugaba unos días.

Iba a poner las cartas sobre la mesa e iba a jugármela. E iba a ganar, porque a mí no me gustaba perder. Y si estaba donde estaba era por eso mismo.

Iba a escuchar su oferta y después de eso, era hora de que mi proposición la dejara completamente KO.



Capítulo 8

Me quedé mirándolo mientras sus cejas se enarcaban al escuchar mi proposición. No dejaba de mirarme a los ojos y eso me ponía más que nerviosa.

Con un gesto de la mano, llamó al camarero, quien no tardó en aparecer.

—¿Qué te apetece beber? —preguntó, tuteándome.

—Lo mismo que tú —dije haciendo lo mismo.

El camarero afirmó con la cabeza y no tardó mucho en servirme una copa de vino. Tomé un sorbo mientras él seguía mirando mi cara.

—Quieres contratar mis servicios... —dijo unos minutos después.

—Sí —dije con seguridad y le di otro sorbo al vino.

—¿Y qué servicios son los que quieres contratar precisamente? —preguntó con voz ronca.

—Esto... Verás... —carraspeé, joder, no era nada fácil— Los que ofreces, claro.

—Claro —sonrió—. Pero ofrezco muchos, depende de cuál, el precio varía.

—No tienes que preocuparte por eso, no tengo problemas por el dinero.

—Si estás aquí en lugar de la señorita Jones, supongo que será así. Aun así, no todos los servicios que ofrezco son para cualquiera...

—Entiendo... —y lo estaba entendiendo de verdad, además de que me estaba poniendo roja por el calor que me estaba entrando por el cuerpo de tanto imaginarme todo lo que se podría hacer con ese hombre. Joder, era mucho más guapo de lo que pensaba, tenía que estar rifado. Y no ser nada barato, eso seguro—. Yo creo que lo básico.

—Lo básico no me aclara mucho... Dime exactamente qué quieres de mí.

Pues... Mejor me iba a callar lo que quería de él, porque en ese momento solo quería saltar sobre él y comérmelo a besos, me tenía más que excitada. Y no, yo era una periodista con un objetivo. Y entre el objetivo y yo... no podía haber nada.

—Compañía, solo quiero compañía —dije rápidamente.

—¿Vas a pagar lo que vale mi tiempo solo por compañía?

—Ajá...

—¿Un día? ¿Dos?

—Doce días —solté y por su cara vi que se sorprendió. Normal, yo también lo haría, porque tenía que salir una pasta...

—¿Sabes lo que valen mis servicios? Porque doce días...

—Sé lo que valen, puedo pagarlos, por algo estoy aquí, señor Ugarte.

—Llámame Nico.

—Nico... —sonaba demasiado personal— Si necesitas un adelanto... —por Dios, que dijera que no.

—Yo cobro una vez que mis servicios terminan y que mi cliente acaba satisfecha. No antes. Pero el problema es... —esas palabras no sonaban nada bien— Que no creo que puedas pagar ni un día de mis servicios, Martina.

Y ahí fue cuando todo se fue a la mierda y mi mundo cambió sin que yo tuviera idea de ello.



Capítulo 9

Nico.

La vi ponerse de todos los colores. No sabía si iba a salir corriendo, si se le iban a salir antes los ojos de las órbitas o si se me iba a desmayar allí mismo.

Yo intentaba mantener la misma cara de seriedad que antes, pero es que quería reírme a carcajadas.

Había hecho un buen papel, si no supiera quién era ella, me lo habría creído. Pero... Lo sabía todo y más.

—Pero cómo... —tartamudeó.

Ay, Martina, qué poco me conoces...

—Espero que no fuera demasiado incómodo dormir debajo de mi cama toda la noche —le dediqué una sonrisa torcida y por su cara ya supe que lo había entendido todo. Me lo estaba pasando en grande.

—¿Me estás diciendo que...?

—Te estoy diciendo exactamente eso. Desde el momento de los matorrales. El que, por cierto, fue bastante divertido.

—No puede ser...

—No creerás ser la primera persona que intenta birlar la seguridad de alguna de mis propiedades —me encogí de hombros—. Pero sí has sido a la

única que he dejado entrar.

Pestañeó, no salía de su asombro. Y la entendía.

—No entiendo nada.

—Mi equipo de seguridad es de los mejores Martina. Supongo que el ultimátum que te dieron en la revista “Persecución” fue lo que te llevó a ir por el miembro más hermético de la sociedad. ¿O me equivoco? Tienes una hipoteca que pagar y por tu vida, supongo que lo que no quieres es regresar a España y trabajar en un diario de segunda. ¿Voy bien?

—Todo esto es una encerrona entonces...

—Bueno, solo te lo puse un poco fácil para que pudieras acceder a mí. La señorita Carla Jones tampoco puso mucho impedimento en irse —reí.

—No era una de tus clientes...

—No, no lo era.

—Ni esa agenda...

—Ni esa agenda es la real. Lo único real es que tú has conseguido lo que no muchos otros periodistas. Estar hoy aquí, frente a mí, hablando conmigo.

Se levantó y rápidamente hice lo mismo, agarrándola del brazo para que no se marchara.

—No tiene sentido que me quede, creo que está todo claro. Te has reído de mí, lo has disfrutado, nada más que hablar —dijo orgullosa.

—Te equivocas, hay mucho de lo que hablar. Siéntate...

Dudó pero lo hizo.

—Señor Ugarte...

—Llámame Nico —insistí—. Sé todo sobre ti, Martina. Sé qué quieres saber sobre mí. Debo decirte que aunque tu plan no fuera muy bueno, la verdad es que me he divertido mucho.

—Si va a burlarse de mí... —intentó levantarse, pero la agarré de la mano para que no lo hiciera.

—No seas injusta, tú ibas a hacerlo conmigo.

—No me iba a burlar de ti.

—No, ibas a engañarme, a estar cerca de mí para conseguir la exclusiva que necesitas. ¿No te parece más cruel que lo que hice yo? —por su cara sabía la respuesta.

—Está bien, perdí. Lo siento, pero no es necesario que hablemos nada más. Sabes a lo que me dedico, sabes qué quiero de ti. Las cartas están sobre la mesa...

—No, no lo están. Yo aún no puse las mías.

Me encantaba esa cara de incredulidad y expectación que ponía.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Que hagamos un pacto. Me lo debes.

—No te debo nada.

—Sí que lo haces, por cómo ibas a engañarme. Así que te ofrezco un trato que nos beneficia a los dos.

—¿Qué trato? —preguntó, escéptica.

—Siete días juntos. Siete días en los que puedes descubrir quién soy. Siete días en los que quizás encuentres la exclusiva que buscas.

—Yo no me vendo —dijo enojada.

—¿Entonces qué pensabas hacer contratando mis servicios? —enarqué las cejas.

—Solo compañía, yo no iba a hacer ni consentir nada más.

—Yo tampoco vendo mi cuerpo, Martina.

—Oh... ¿Entonces...?

—Si quieres saber sobre mí, acepta ese trato.

—¿Y tú qué ganas con eso?

Buena pregunta... Yo solo ganaba estar cerca de ella. No ganaba nada, incluso podría perder mi tan cuidada privacidad. Y aunque nunca llegara a enterarse cómo llegué a ese mundo tan selecto, podía saber y aprender mucho sobre mí.

La respuesta era que no ganaba nada. Solo su compañía una semana. Cosa que tampoco necesitaba.

Pero la quería, la quería a ella esa semana, quería que fuera mía por unos días.

—Ayudarte a ti, solo eso —mentí.

—Aun entiendo menos...

—No tienes nada que entender, Martina. Me divertiste. Tú quieres conocerme a mí, aunque sea por tu trabajo. Yo quiero ayudarte a que puedas

conseguir algo que te ayude a mantener tu trabajo.

—No por ello voy a...

—No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo. Te estoy dando la oportunidad de poder lograr la exclusiva que quieres. Lo que averigües esa semana, serás libre de publicarlo a los cuatro vientos. Entrarás en mi mundo, lo verás todo.

—¿Por qué yo?

Pregunta difícil de nuevo. ¿Por qué ella?

No lo sabía, pero había algo en ella que me llamaba y hacía mucho tiempo que no me ocurría con nadie.

—No lo sé —dije con sinceridad—. A lo mejor estoy necesitado de un poco de compañía.

—Lo dudo con la cantidad de gente que tienes siempre pegada a tus talones —rio, incrédula.

—Desde dentro las cosas son muy diferentes. ¿Aceptas el trato?

—Es que sigo sin ver qué ganas tú, porque yo no...

—Yo no te pido nada, solo que estés conmigo, conocerte, que seas natural. No te forzaré a nada, no te obligaré a nada.

—¿Solo estar cerca de ti...?

—Sí, solo estar cerca de mí. Si ocurriera algo más, sería porque me lo pidieras tú.

—Eso no ocurrirá.

—No tiene por qué —me encogí de hombros. ¿Trato hecho?

La vi dudar, pero sabía que sí quería una buena exclusiva, no tendría otra opción que aceptar.

—Tenemos un trato, señor Ugarte —dijo finalmente.

Sonreí. Si me había divertido hasta el momento, estaba seguro de que me iba a divertir aún más la semana que iba a pasar junto a ella.

E iba a conseguir lo que realmente quería, a ella.

Era solo un juego y la quería en mi cama. Y la iba a tener.

Después de una cena en la que estuvo demasiado nerviosa y no dejaba de darle vueltas al trato una y otra vez, la dejé en su apartamento. Nuestro pacto comenzaría al día siguiente y tenía que estar preparada en cualquier momento

para acompañarme adonde fuera.

Si quería conocer quién era Nicolás Ugarte, no tenía de otra.

Regresé a casa y me dejé caer en mi sillón. Aún no sabía por qué había llegado a hacer ese trato, pero estaba deseando de que llegara el día siguiente para volver a verla.

—¿Cómo fue? —preguntó John, entrando en el salón.

—Le puse las cartas sobre la mesa. La desenmascaré.

—Imagino la cara de la pobre...

—No, no la imaginas —reí, recordando la cantidad de caras diferentes que me mostró esa noche, cada mueca, cada fruncimiento de labios... — Y le ofrecí el trato.

—Tú no estás normal...

—No, no lo estoy. Ella puso la misma cara que tú cuando te lo conté —reí de nuevo.

—¿Y aceptó?

—No tenía de otra. Es periodista, haría lo que fuera. Bueno, lo que fuera no, ya me advirtió que no vende su cuerpo, pennado que le estaba ofreciendo eso —negué con la cabeza, divertido.

—Como pensaría cualquiera porque tu pacto no tiene ningún sentido.

—¿Por qué no? Me divertiré unos días. Ella me conocerá, alguna exclusiva tendrá para dar.

—Tú no estás haciendo esto para divertirte unos días, Nico. A mí no tienes que engañarme.

—No intento engañ...

—Sí, sí lo haces y también lo haces contigo mismo. Tú has llegado a este punto porque esa mujer te gusta y quieres algo con ella. Y no lo veo un problema.

—¿Entonces a qué viene la charla?

—A que ese juego puede acabar muy mal.

—No entiendo por qué.

—Fácil. Una opción es porque ella, al conocerte, se enamore de ti y para ti solo haya sido un entretenimiento. Que es lo único que parece ser.

—Yo no voy a jugar con ella —dije muy serio.

—Opción dos, que seas tú el que se enamore y salgas herido porque ella se entere de que lo único que querías era acostarte con ella.

—No estoy buscando el amor, John. Solo diversión.

—Estás buscando algo con ella. Y yo lo único que tengo claro es que este juego no va a acabar bien para ninguno de los dos. Porque ambos vais a sufrir.

—¿Por qué siempre exageras las cosas?

—No exagero nada —resopló.

—Solo he hecho un trato con ella para que me conozca, que sepa de mí lo que pueda saber y para ayudarla en lo que necesita.

—Sí, claro. Deja de mentir. La quieres en tu cama y vas a jugar con ella para conseguir que esté ahí. No va a obtener ninguna exclusiva porque no la dejarás conocer nada. No me jodas, Nico, que te conozco.

—Y si fuera así, ¿qué problema hay? Si ocurre algo, es con el consentimiento de los dos.

—Que uno o los dos salgáis heridos, Nico. Eso es lo que me da miedo.

—Haré que se entere de algo para que lo publique, algo que obviamente no será verdad, yo conseguiré lo que quiero y los dos felices, nada más.

—Eso espero, que no sea nada más.



Capítulo 10

—No me puedo creer que vayas a hacer eso.

Miré a Max y puse los ojos en blanco.

—Yo tampoco veo cuál es el problema.

—No, tú qué vas a ver si eres medio lerda —resopló.

—Todavía te derramo la taza de café por la cabeza —le advertí.

—A ver, Martina, creo que no estás viendo en lo que te metes.

—No me meto en nada, las cosas salieron mejor de lo que esperaba teniendo en cuenta que me descubrió.

—Claro que sí... ¿Y me puedes explicar qué es lo que ha salido bien? Porque seré idiota además de gay y aún no me enteré de eso.

—Pues joder, voy a pasar una semana con él, ¿no te parece perfecto? Podré conocerlo y seguro que consigo la exclusiva del año, no veo el drama.

—¿Y él qué espera de ti?

—Nada, me dijo que solo ayudarme. Le daría pena, yo qué sé.

—Sí, claro, una pena loca es la que él tiene y la única ayuda que necesita es tenerte en su cama.

—La verdad que también lo vi así, pero si lo piensas en frío no tiene sentido.

—Pues será que siempre pienso en caliente, porque por más vueltas que le dé, no le veo otro sentido a todo esto.

—Por Dios, que hablamos de mí. ¡De mí! Que ese hombre puede tener a cualquier mujer que pueda en su cama, no va a estar empeñado en una tía normal con celulitis y las tetas que se le caerán —puse los ojos en blanco.

—Dios, no sé cómo puedes ser tan ingenua, tiene que ser cosa de la nacionalidad.

—Deja mi nacionalidad en paz. Le di pena, se divirtió de cómo intenté engañarlo, le caí bien, yo qué sé. Me da la oportunidad de entrar en su mundo y poder conocerlo, no veo el drama.

—Tú qué vas a ver si estás cegata. Ese tío no te va a enseñar una mierda. Ese tío hará lo que sea por acostarse contigo. Es lo único que vas a descubrir de él. Y listo, ni exclusiva ni nada.

—Aunque fuera así, lo tengo que intentar. Además, le dejé claro que yo con él... nada de nada.

—Claro que no, debes tener telarañas ahí y un buenorro como ese se te pone a tiro y tú dices que no. Y yo, como soy tonto, me lo creo.

—¿Y qué problema habría si me acuesto con él? —lo reté.

—Ninguno, ole tu coño. El problema es por qué te acuestas con él.

—¿Qué problema?

—Que si tienes telarañas, querida amiga, es precisamente porque tú no te acuestas con nadie a no ser que tengas sentimientos por esa persona. Y si te acuestas con este...

—Estás exagerando.

—Espero estar exagerando, Martina. Porque me veo lo que va a pasar. Vas a tener qué contar de él, pero como vas a enamorarte perdidamente, vas a perder la oportunidad de tu vida de mostrárselo al mundo y en vez de mirar por tu carrera, te vas a volver a España con el corazón roto.

—Esas cosas solo pasan en las novelas —me reí—. Y parece que tú lees muchas.

—Yo no leo, solo te conozco. Y si has aceptado es porque ese hombre te gusta.

—No me gusta lo más mínimo —mentí.

Cómo no iba a gustarme, si estaba como quería.

—Ya... Y yo no soy gay.

Puse los ojos en blanco de nuevo, dejé mi taza de café y me fui arreglarme. Había quedado con Nico un rato más tarde y a mí me daba igual lo que Max dijera.

Ese hombre quería ayudarme, me estaba dando la oportunidad de mi vida y no iba a desaprovecharla.

Además, incluso aunque Max tuviera razón y él solo quisiera llevarme a la cama, yo no era tan tonta como para caer.

Seguía sin ver el problema...

Me vestí y me fui a ir de casa, Nico me esperaba abajo.

—Martina, ten cuidado, conozco a los tíos como él.

—Bueno, ¿y qué quieres? ¿Que pierda la oportunidad de mi vida y me tenga que ir de este país?

—No, pero tampoco quiero verte con el corazón roto.

—Eso no pasará —dije segura. Sabía muy bien que no ocurriría, me conocía bien y Nicolás Ugarte, por más bueno que estuviera, no era mi tipo.

—Eso espero, Martina, eso espero...

Resoplé y bajé a la calle. Nico ya estaba esperándome abajo. Entré en el coche y lo saludé.

—Buenos días... —dije algo avergonzada.

—Buenos días, estás muy guapa.

—Gracias por el piropo, pero no es necesario —saqué una libreta y un bolígrafo de mi bolso y lo miré mientras arrancaba—. ¿Qué hace el señor Ugarte un lunes por la mañana?

—¿Piensas tomar notas de todo? —rio mientras conducía.

—Sí, mi memoria es bastante mala, no quiero perderme ningún detalle.

—Ya veo —rio.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—A mi casa.

—¿A tu casa? ¿Para qué?

—¿No quieres saber qué es lo que hago un lunes por la mañana? Pues lo que hago es estar en casa revisando papeles.

—Suena divertido —dije con ironía—. ¿Papeles sobre qué?

—Sobre mis negocios.

—¿Y cuáles son esos?

—Todo a su tiempo, Martina —sonrió.

Esa segunda vez que entré en la mansión del señor Ugarte, iba en su coche, nada que ver con la primera vez cuando tuve que liarla parda para poder entrar como una delincuente.

—No me había fijado en lo inmenso que era todo esto —dije mientras abría la puerta de entrada de la mansión.

—Supongo que esa noche solo pensabas en correr cual ladrona —rio a carcajadas.

—No te rías, conseguí entrar —bromeé.

—Lo sé, te dejé hacerlo —me guiñó el ojo—. ¿Desayunaste?

—Un café...

—Entonces hora de desayunar. Vamos a la cocina.

Lo seguí hasta allí, era impresionantemente grande. Lo vi rebuscar por los armarios, comenzar a sacar bollería, poner la cafetera...

—¿No tienes a nadie que se encargue de la cocina?

—Sí, pero hoy quise tener el gesto contigo.

—Ajá...

Minutos más tarde, tenía preparado un desayuno de lujo, no había visto tanta comida en mi vida.

Y yo con el café tenía más que suficiente.

—Llevo toda la noche pensando en el porqué de este trato —dije cuando nos sentamos. No tiene sentido nada de esto.

—La verdad es que no. Pero a mí alguien me ayudó una vez en la vida y supongo que es mi forma de devolverlo de alguna manera.

—¿No has sido siempre rico? —a ver si colaba la pregunta.

—¿Más café?

—No, gracias —sonreí—. ¿Sabes? Lo más sencillo hubiera sido que me concedieras una entrevista, así me habrías ayudado. No todo esto de pasar una semana contigo.

—No me la pediste —enarcó las cejas.

—¿Habrías accedido?

—No —dijo rápidamente, lo que me hizo reír.

—Es que no entiendo qué hago aquí.

—Si quieres hablar de mí, creo que deberías de conocerme. Era una manera de “vengarme”, pero aún estás a tiempo de irte.

—No, yo me quedo.

—En el momento en que quieras terminar con el trato, solo dilo y márchate.

—Esa exclusiva es importante para mí.

—Lo sé, sé todo lo que te juegas. Mi ayuda es desinteresada, créeme.

—¿De verdad eres así?

—Así, tan normal. Tan... Ayudando al prójimo sin conseguir nada a cambio.

—Yo nunca dije que no conseguiría nada a cambio, Martina.

Me tensé al escuchar eso.

—Si crees que... —me levanté.

—No tan rápido y deja de malpensar. A mí también me interesa que la prensa me deje un poco en paz. Quizás es hora de que dejen de especular de una vez y, tal vez, sabiendo algo de mí, se acabe todo este acoso.

—Entonces sí consigues algo...

—Claro —me guiñó el ojo—. No es agradable teneros todo el día pegados al culo.

—No sé lo que es vivir eso, siempre estoy del otro lado —reí.

—Pues esta semana podrás comprobar cómo es estar del otro lado.

—No, Nico. Yo no puedo salir, eso sí sería el fin de mi carrera...

—Tranquila, confía en mí, tengo al equipo de seguridad preparados, no nos verán juntos. Tú tendrás tu exclusiva, a mí me dejarán en paz. Los dos saldremos ganando. Pero te advierto una cosa.

—¿Qué? —pregunté asustada.

—Te espera una semana muy aburrida, porque mi vida es puro aburrimiento —rio.

Me reí con él, pero horas después estaba a punto de llorar. Seguía sentada frente a él, en su escritorio, mirando cómo revisaba una cantidad enorme de papeles.

Por más que le hablara, me decía que no lo distrajera.

Me dolía el culo ya de estar sentada, así que me levanté y me puse a caminar por la habitación.

Miré los libros de la biblioteca, miré por la ventana del despacho, me senté de nuevo, me volví a levantar...

—¿Y no paras para comer? —pregunté ya, desesperada.

—No, en un rato nos traerán algo.

Así fue y yo arramplé con todo.

Y esa fue la rutina de los tres primeros días. Él en su despacho, firmando a saber qué y yo allí, simplemente haciéndole compañía.

Eso e imaginando cómo lo hacíamos encima del escritorio cada vez que emitía algún sonido.

Yo estaba a punto de perder la paciencia.

Y la decencia.

Y o cambiaba la estrategia y buscaba una forma de poder conocerlo de verdad...

“Ese solo quiere tenerte en tu cama, Martina”. Las palabras de Max volvieron a mi mente y fue lo único que pensé antes de:

—No puedo más —dije el cuarto día, desesperada.

—¿No puedes más de qué? —levantó la vista de los papeles y me miró.

—No puedo más de esto, es un aburrimiento. Tienes una casa impresionante, una fortuna que no puedo ni imaginar, tendrás gente que se encargue de todo y, sin embargo, te pasas el día con papeleo que ni siquiera sé de qué va porque no me dices nada y no sé cómo pretendes que descubra nada así. No tiene sentido...

—Esta es mi vida, Martina. Tengo cosas de las que encargarme.

—Pues por hoy se acabó. Por favor, aunque solo sea por una tarde, aunque no me digas nada de ti, ¿podemos hacer algo? O eso o me voy a casa.

—¿Hacer algo como qué? —preguntó.

—Como vivir, quizás...

Me levanté de repente y salí corriendo del despacho.

—Martina, ¡espera! —lo escuché chillar detrás de mí.

Pero yo no iba a esperar nada, a mí en ese momento solo me importaba salir y que me diera el aire. Yo necesitaba algo de vida.

Salí por la parte trasera de la casa y flipé al ver la enorme piscina que había allí.

—¿Y eso?

—Una piscina —dijo cuando llegó hacia mí.

—Sí, ya lo veo, ¿pero para qué la tienes si parece ser que no la usas?

—No suelo tener tiempo para ello —se encogió de hombros.

Una gran sonrisa se formó en mi cara.

—Pues creo que el momento llegó.

Y sin pensármelo un segundo más, lo empujé y lo hice caer al agua. No me dio tiempo a escuchar la cantidad de maldiciones que soltó.

Me tiré después de él y cuando salí a la superficie, lo miré riendo.

—¿A qué viene eso? —preguntó como enfadado.

—A darte un poco de vida —sonreí.

—Ya te advertí que mi vida era aburrida, Martina.

—No, si de eso ya me di cuenta. Como me estoy dando cuenta de que no voy a conseguir nada que merezca la pena para poder salvar mi trabajo, pero... Al menos me divertiré un poco —me acerqué a él y le hice una ahogadilla.

Comenzamos a jugar, con las risas inundando el silencioso jardín. Tragamos agua para ahogarnos...

Asfixiada, me apoyé en la esquina de la piscina y suspiré. Nico me siguió y se puso a mi lado, intentando, también, normalizar su respiración.

—¿Llevas todos estos días mirando los mismos papeles una y otra vez, verdad? —pregunté mirándolo a los ojos.

No era tonta, sabía que estaba mostrándome que no había nada de peculiar en su vida.

Me miró y sonrió avergonzado.

—Mi vida no tiene nada de particular, Martina. Es lo que ves. Proyectos, obligaciones, nada más.

—No me creo eso. Esa es la imagen que quieres darme. Sé que no tienes por qué enseñarme qué es tu mundo en general. Pero al menos merezco saber qué hago aquí. ¿Por qué estoy aquí? ¿Para decir conozco a ese hombre y lo único que hace es trabajar?

—¿No sería eso una buena exclusiva? —sonrió.

—Pues no. ¿Pero sabes qué? Sé que no tendré nada. No soy tonta, Nico y aunque aún no sepa por qué este juego conmigo, creo que lo mejor es que se termine.

—¿Desistes de intentar encontrar una exclusiva sobre el señor Nicolás Ugarte? —preguntó sorprendido.

—Sí, desisto de ello. Porque ese hombre no tiene nada de interesante.

—Me parece bien que lo veas —se colocó frente a mí, las manos a cada uno de los lados de mi hombro—. Y eso es precisamente todo lo que estaba esperando que dijeras.

—¿Por qué? —no entendía nada.

—Porque ese hombre al que la prensa quiere conocer no es nadie. Solo es un hombre con negocios a su cargo. Un hombre aburrido.

—Eso ya lo entendí... —suspiré, no me gustaba tenerlo tan cerca, me ponía nerviosa.

—Entonces eres libre de marcharte, Martina —dijo aún más cerca.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Entonces seguirás conociendo al señor Nicolás Ugarte.

—No quiero conocerlo a él —cerré los ojos, haciéndome la arrepentida por haber dicho eso.

—¿Entonces qué es lo que quieres? —preguntó con voz ronca.

—Conocerte a ti —dije tras tragar saliva.

Por Dios, que se lo crea.

—Siempre serás una periodista...

—No si tú dejas de ser ese millonario aburrido.

Era un reto, una apuesta arriesgada, pero tal vez era la única manera de conseguir algo de él. Porque parecía ser que no había otra.

Nunca pensé en usar ese tipo de estrategia, pero se me acababa el tiempo y las opciones.

—¿Qué me propones? —preguntó exactamente.

—Conocerte. Conocer los tres días que nos quedan al hombre que eres. Conocerte como mujer, dejar a un lado todo lo demás.

—Perderás tu exclusiva entonces.

—La tengo perdida desde el principio —me encogí de hombros, quitándole

importancia.

—¿Estás segura de lo que dices?

¿Estaba segura? Pues no, no lo estaba, pero me había jurado a mí misma que conseguiría algo sobre él sí o sí. Y si eso significaba que tenía que usar algunas artimañas poco éticas... La verdad es que tampoco me importaba tanto porque ese hombre me excitaba como nadie, por más aburrido que fuera.

Y sí, en parte era venderme, pero ¿no me vendía cada día en mi trabajo? Al menos, si llegaba a algo más con él, no tenía duda de que lo disfrutaría.

No le contesté, con todo el valor del que fui capaz lo miré a los ojos, acerqué mi rostro al suyo y lo besé.

Un beso lento, tentador, un beso en el que le contestaba a esa pregunta.

Y mierda, un beso que me hizo temblar de pies a cabeza.

—Lo siento, yo no...

No me dejó terminar, acercó nuestras bocas y me devoró, mostrándome que lo que había sentido con ese simple beso que le di no era nada para lo que podía llegar a sentir con él.

Y eso me daba miedo, mi apuesta y el juego se me podía ir de las manos.

Pero tenía que intentar lo que fuera para conocer alguna verdad sobre el señor Nicolás Ugarte.

—Solo Nico y Martina. Tres días solo nosotros. Eso es lo que yo quiero. ¿Qué quieres tú?

No le respondí, lo besé de nuevo y esa vez porque me apetecía hacerlo.



Capítulo 11

Nico.

La tenía donde quería. Por fin iba a ser mía. Me había costado sudores pasar los días anteriores haciendo el tonto con el papeleo para desesperarla, pero por fin lo había logrado.

Y no era tonto, sabía que accedía a estar conmigo porque quería su exclusiva.

Me daba igual, me importaba poco siempre que la tuviera en mi cama. Además, nunca tuve pensamiento de contarle ninguna verdad sobre mi vida.

Volvía a ganar, como debía de ser.

Terminé con el beso y me quedé mirándola a los ojos. No sabía qué tenía esa mujer, pero desde el primer momento supe que debía tenerla en mi cama.

Y eso iba a pasar y no iba a tardar mucho más.

—¿Una ducha? —pregunté, sonriendo.

—No tengo nada de ropa aquí...

—Tranquila, John se encargará de eso. Puede ir a tu apartamento y coger algo de ropa. Porque no saldrás de esta casa hasta el domingo.

—Está bien —dijo mordiéndose el labio.

Labio que yo quería morder también, pero todo a su tiempo. Las cosas se disfrutaban sin prisas. Con calma...

Le di un beso rápido y salí de la piscina, ayudándola a salir a ella. La acompañé hasta mi dormitorio y mientras entró en el baño, me quité la ropa mojada, me puse una toalla y fui a buscar a John.

—Estas son las llaves de su casa. Trae todo lo que creas que necesite de aquí al domingo.

—Lo conseguiste...

—¿Dudabas de ello?

—No, la verdad es que no. Pero sigo dudando de que ganes al final.

—Ya he ganado, John. La tendré en mi cama y se irá sin saber nada sobre mí. Ella me está usando para una exclusiva que nunca tendrá, yo la estoy usando para tenerla donde quiero.

—Estáis los dos ciegos —negó con la cabeza—. Y cuando los dos os deis cuenta, os vais a arrepentir. Y quizás ya eso no tenga arreglo.

Se marchó de allí sin una palabra más, solo refunfuñando. Sonreí, John era demasiado dramático.

Yo no veía nada de malo en usar artimañas para conseguir lo que quería.

Además, había sido ella quien lo había propuesto, ¿no?

Si alguien debía tener un problema moral era ella, no yo.

Deseaba a esa mujer y se me había ofrecido, las razones me daban igual porque desearme, me deseaba. Su cuerpo lo decía. Cómo me miraba. Cómo su cuerpo había reaccionado a mi cercanía y a mi contacto.

Eso no se podía fingir.

Yo no era un novato en el tema y ella me deseaba tanto como yo a ella.

Quería esos tres días con ella, quería disfrutar tanto como pudiera y como ella me lo permitiera.

E iba a hacerlo al máximo.

Porque yo no sabía qué tenía esa mujer, pero me excitaba como nunca nadie lo había hecho.



Capítulo 12

Que estaba nerviosa era quedarme corta.

Me coloqué la toalla alrededor de mi cuerpo mojado, otra en el pelo y salí del baño.

Ahí estaba él, sentado en su sillón, mirando por la ventana.

Giró la cabeza y se me quedó mirando.

—Ya puedes ducharte... —dije algo avergonzada.

No quise mirar demasiado, estaba con una toalla alrededor de su cintura, su pecho al descubierto.

—John no tardará en volver con tus cosas.

—Bien...

Se levantó y se acercó a mí muy lentamente, quedando nuestros cuerpos casi pegados.

—¿Estás segura de esto, Martina?

—Sí —dije y tragué saliva.

—Si te quedas estos tres días conmigo, no vas a salir de esa cama.

Tenía que hacerlo, tenía que conseguir mi exclusiva. Y lo peor es que ya no era ni por eso, era yo la que estaba deseando estar en esa cama. Con él.

Cogí aire y me pegué por completo a él, ofreciéndome.

Quería lo que me iba a dar, no entendía el porqué, pero lo deseaba. ¿Y

cómo no hacerlo con un hombre así?

—Me quedo contigo —susurré.

No sé si lo que salió de su garganta fue un gemido o un gruñido, pero no podía pensar en ello ya, su boca ya estaba sobre la mía, devorándola por completo.

Me agarré a su cintura cuando él cogió mi cara entre sus manos para intensificar un beso que ya estaba haciéndome temblar.

Los dos comiéndonos a besos, degollando nuestros labios, sin importar si nos faltaba el aire.

Cuando separó su boca de la mía, cogí una bocanada de aire, haciendo que la toalla se abriera un poco por la zona del pecho.

Su mirada se posó rápidamente ahí, su respiración agitada.

Levantó la mirada, una pregunta silenciosa en sus ojos y la respuesta, con lo excitada que estaba, no iba a ser un no.

Pero tampoco podía articular palabra, así que aunque me temblaba el cuerpo, levanté mis brazos y terminé de soltar la toalla, dejando que cayera al suelo.

No había sido tan descarada en la vida, pero con él me nacía así.

—Dios... —suspiró.

Esperaba que fuera positivo, porque iba a morirme muy pronto de la vergüenza.

La que él parecía no tener...

Se quitó la toalla, quedándose desnudo delante de mí y ni tiempo me dio a mirarlo cuando ya estaba, de nuevo, devorando mis labios.

Nos besamos, frenéticos, eso que había entre nosotros era deseo puro y duro.

Caímos en la cama, nuestros cuerpos entrelazados. Nuestras bocas sin poder separarse. Nuestras manos sin poder quedarse quietas, tocando al otro, acariciándolo.

—Muero por estar dentro de ti —gimió entre mis labios.

Eso era lo mismo que yo quería y necesitaba y mi gemido fue toda la respuesta que pude darle.

Se separó de mí para coger un preservativo de la mesita de noche, se lo

puso y se colocó encima de mí.

—¿Segura? —volvió a preguntar.

No entendía por qué lo preguntaba tanto, ¿no veía hasta qué punto deseaba aquello?

—Por favor... —le rogué.

Y entró en mí, con un solo movimiento. Eché la cabeza hacia atrás, extasiada.

Dios mío, la sensación era increíble.

Nos movimos lentamente, intentando acoplarnos al ritmo del otro, intentando entender qué necesitaba el otro. Ayudándonos de nuestras manos, con nuestras bocas batallando aún.

Y llegó el momento en que estallé en pedazos. El éxtasis, puro, haciendo mella en mí.

Él gimiendo, con su cuerpo tenso cuando terminó dentro de mí.

Nos quedamos así, él sobre mi cuerpo, intentando respirar con normalidad y mirándonos a los ojos.

Y ahí fue cuando me di cuenta de que no había hecho nada de eso por ese artículo, no me interesaba la exclusiva, no era eso lo que me importaba.

Me importaba él.

Desde el primer momento lo había querido a él.

Maldita sea... Max tenía razón. Yo no habría sido capaz de entregarme a nadie sin que hubiera algo más, pero la pregunta era ¿cómo había podido sentir algo más por alguien a quien ni conocía?

Era una auténtica locura, eso no podía ser.

Yo estaba equivocada, solo era deseo, nada más.

E intentaba sentirme mejor por haber hecho lo que hice con la esperanza de tener la exclusiva de mi vida.

Y no sabía cuáles de los pensamientos era mejor.



Capítulo 13

—¿Pizza? —pregunté cuando salí al porche y vi la mesa preparada.

Después de acostarme con él, mientras yo tomaba otra ducha porque la necesitaba, me arreglé cuando John trajo mis cosas mientras Nico tomaba una ducha.

Había tardado menos que yo en bajar, me quedé sentada un rato en esa cama que había compartido con él mientras mi mente no dejaba de pensar y pensar.

Me senté frente a él.

—No sé qué pizza te gusta, así que pedí tres diferentes, en alguna habré acertado —sonrió.

Las miré y me reí.

—Me gustan todas, sino ¿cómo crees que mantengo este cuerpo xl? —me reí de nuevo.

—¿Te acabas de llamar gorda?

—No, pero flaca tampoco estoy. Además, me da igual, me encanta la pizza.

—No creo que seas objetiva con tu imagen, pero eso cambiará.

—Quizás con el tiempo —me encogí de hombros, cogí un pedazo de pizza y casi la devoré—. Dios, está buenísima —dije con la boca llena, haciéndolo reír.

No nos costó nada reírnos y pasarlo bien mientras cenábamos, había naturalidad entre nosotros y eso era de agradecer.

—Es la primera vez que pido en este lugar, pero repetiré —dijo tras probar la pizza.

—¿No conoces muchos lugares en esta ciudad? No es en plan periodista, prometido —reí.

—La conozco bien, tengo que venir muchas veces, pero no por ello me conozco cada restaurante —bromeó.

—¿Y por qué vienes tanto?

—Negocios...

—Siempre pensé que los hombres ricos no trabajaban.

—¿Entonces cómo crees que tienen dinero? —rio.

—No sé, pues pagando a gente para que trabajen por él. Si yo fuera rica, te aseguro que no trabajaría.

—¿Y qué harías? Se te haría la vida muy pesada.

—No —negué inmediatamente—. Haría otras cosas. Estudiaría otras cosas. Sobre todo ayudaría a la gente.

—¿Ayudarla? —preguntó interesado.

—Hay mucha gente que necesita ayuda, ¿sabes? Yo me saqué la carrera de periodismo porque pensaba que este mundo sería muy diferente. No creía que me iba a tener que quedar haciendo mi trabajo en una revista de chismes. Me hubiera gustado otra cosa.

—¿Cómo qué?

—Otro tipo de periodismo, no sé. Nada que ver con tener que estar pendiente a la vida de los demás. Tal vez un periodismo que ayudara a la gente a concienciarse de cuánta ayuda necesita el mundo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—El mundo no está preparado para eso. Me vine aquí a probar suerte y encontré lo que es mi trabajo. Y una tiene que vivir, comer, pagar... Al final te conviertes en lo que todos, en una periodista que mataría por tener la exclusiva de su vida —me encogí de hombros.

—Sí, soléis hacer lo que sea por conseguir la noticia del año —dijo muy serio.

—Supongo que sí... Pero es lo que soy.

No me gustó mucho cómo me miró. Estaba serio, mirándome fijamente.

—Entiendo... —dijo al final.

—Yo no...

No sabía cómo decirle que yo no llegaba a tales extremos. Sí, en un principio, desesperada, había accedido a estar con él para poder conseguir lo que quería, pero en el momento en que lo tuve delante, lo que hicimos fue porque quise, fue como mujer, fue porque lo deseaba y no me importaba mi carrera.

Pero tampoco creía que tuviera que decirle nada. Él buscaba de mí lo que había obtenido y nada más.

—Son tres días juntos, disfrutemos sin demasiadas explicaciones —me interrumpió.

Me quedé un poco cortada, pero afirmé con la cabeza.

No sabía qué quería de mí. ¿Solo sexo? Porque yo no era una mujer para estar en silencio y a sus expensas. Y tampoco iba a cesar en mi intento de intentar sonsacarle lo que pudiera.

Al fin y al cabo, era por eso por lo que estaba allí, ¿no?

Terminamos de comer y tras bebernos una copa, acabamos como un rato antes. En su cama, devorándonos. Pero esa vez era diferente. Más visceral. Más apasionada.

Esa vez sentía que ya lo conocía algo más.

Y esa vez sentía que necesitaba mucho más de él.

Cerré los ojos para dormirme y suspiré. Lo que había sentido con ese hombre las dos veces que estuve con él no era normal.

Y ni siquiera sabía si lo que estaba haciendo era por la maldita exclusiva o porque Nicolás Ugarte me interesaba.

Me sentía como en conflicto, solo esperaba no sentirme así el tiempo que me quedaba con él, porque pronto volvería a mi vida, a la realidad y él no estaría en ella. Debía aprovechar cada instante con él.

Como debía aprovechar cada oportunidad para saber la verdad sobre quién era en realidad él.



Capítulo 14

—¿Y dónde vamos? —pregunté a la mañana siguiente cuando me monté en su todoterreno y condujo a través del campo.

—Quiero enseñarte algo.

—¿Y qué es?

—¿Los periodistas no tenéis paciencia? —rio.

—No, no mucha, por eso somos como un grano en el culo para la gente rica y poderosa como tú.

—Pues te va a tocar tener un poco más, porque está algo lejos.

—¿Muy lejos? —torcí el gesto, a mí los caminos largos se me hacían muy pesados.

—Como a una media hora o así.

—Joder... —resoplé— Pues nada, habrá que hacer el tiempo más ameno...

Empecé a toquetear la radio del coche hasta que sintonicé una cadena con el tipo de música que me gustaba.

—No me digas que oye eso —resopló.

—Pues claro, y seguro que tú también lo escuchas a escondidas.

—¿Eso? Ni de coña.

Pues que le dieran, yo tenía ganas de bailar, así que siendo yo misma, me convertí en la loca y horrible cantante que era mientras pegaba cantaba, a todo

pulmón.

O mejor dicho, mientras berreaba destrozando la canción.

Mi madre siempre me había dicho que si tenía que ganarme la vida con la música, moriría a los pocos días, porque además de no tener voz, mi oído musical era nulo.

Pero a mí eso siempre me daba igual, yo disfrutaba como nadie.

Y eso era lo único que importaba.

—¿Siempre eres así? —gritó para hacerse oír sobre la música y mis berridos de gato pisado.

—¿Así cómo? —me callé y bajé un poco el volumen.

—Así de loca.

—No sé... Supongo que es mi cultura. Es que aquí sois demasiado estirados.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que sois muy serios, siempre trabajando, siempre corriendo. ¿Ves? Esas cosas sí las echo de menos de mi país.

—¿El qué?

—Pues la gente. Siempre es alegre, la música siempre está ahí. Vas por la calle saludado a quien conoces. Incluso a veces al que no —me reí, haciéndolo reír—. Esperas en la parada del bus y ahí está alguien más, solo, como tú. Y no sé, se dice: qué día más bueno hace hoy. Y se empieza una conversación.

—¿Y para qué?

—Solo para que no sea incómodo o para ser amable. Pero aquí la gente va cada una a lo suyo —suspiré—. Hay días en los que ni siquiera en el trabajo hablo con nadie.

—¿Echas de menos mucho tu país entonces?

—No tanto. Sí me gustaría ir porque desde que vine no lo hice y tengo ganas de ver a mis padres. Pero aunque esto es muy diferente a aquello, me gusta estar aquí. Me gusta mi independencia, el demostrarme que soy capaz de hacer las cosas solas.

—Con lo poco que te conozco, no sé por qué dudas de eso. Te recuerdo la que liaste para llegar hasta mí —rio.

—Si, me acuerdo —puse los ojos en blanco—. Pero estando aquí, cada día,

me demuestro a mí misma muchas cosas.

—¿Aunque sea teniendo un trabajo que no te gusta?

—Aunque sea así —sonreí—. En la vida se aprende con todo. Con lo malo mucho más que con lo bueno porque nos hace valorar más las cosas, ¿no te parece?

Lo vi mirando serio la carretera y me pregunté qué había dicho para que estuviera así. Pero no me iba a comer la cabeza, así que volví a darle volumen a la música y seguí destrozando sus tímpanos.

Con él solo tenía un tiempo y yo no iba a dejar de ser yo misma.

No había podido usar una máscara en ningún momento, así que me tocaba ser como era.

Y esa era yo, una loca a la que le gustaba disfrutar de cada momento.

Y así se me hizo el camino menos corto. Cuando Nico aparcó el coche en aquella llanura me quedé con la boca abierta.

—¿Y esto? —pregunté mirando al lago que teníamos enfrente.

—Me apetecía pasar el día en la naturaleza —se encogió de hombros.

—Me encanta —dije efusivamente, salí del coche y me quedé mirando ese precioso lugar—. Pensé que la gente rica era más de otra clase de lugares.

—¿Cómo cuáles? —preguntó poniéndose a mi lado.

—No sé, lugares de ricos —reí—. Siempre restaurantes caros y esas cosas.

—Me gusta la paz y la tranquilidad. Me escapo a sitios así cada vez que puedo.

Abrió el maletero del coche y me acerqué a él al ver que sacaba una cesta, un mantel...

—¿Un picnic? —pregunté.

Me guiñó un ojo, lo ayudé a coger las cosas y preparamos todo en el césped.

—La primera vez que vine a esta ciudad, encontré este lugar por casualidad —comenzó a hablar después de servirnos una copa de vino a cada uno—. Me llevé horas aquí, solo disfrutando de la paz, del silencio... Cuando llegué, creo que John había movilizado a media ciudad para encontrarme porque tenía el móvil apagado —rio.

—Por lo poco que lo he visto, parece un buen hombre.

—Lo es, es alguien muy leal y un gran amigo.

—Entiendo que te guste esto, es realmente precioso...

—No sabía si te iba a gustar, pensé que eras más de esas típicas mujeres a las que les encanta irse de compras y...

—¿Esa impresión te doy? Sería por el vestido con el que me viste la primera vez —solté una carcajada—. Yo no soy nada de eso, Nico.

—¿Y quién eres, Martina? —preguntó muy serio.

—Alguien normal —me encogí de hombros—. Una chica que vive sola, con una amigo que es una lapa e invade mi casa. A la que le encantan los momentos de soledad en el sofá, simplemente pensando en nada.

—Y a la vez en todo...

—Sí, así es —sonreí.

—No serías periodista si no fueras así —rio.

—Supongo... Solo quiero vivir y a veces creo que ni eso hago —suspiré.

—¿Por qué piensas eso?

—Siempre trabajando y ¿para qué? A veces no te da tiempo a disfrutar de nada. Te vas a tomar un café con prisas. Siempre con la cabeza cavilando en qué escribir, en cómo ser la mejor.

—Y tú quieres ser la mejor, obvio.

—O no —dije con sinceridad—. Tal vez ya no, tal vez ya solo quiero vivir mejor. Pero... La vida del pobre —me reí.

Nico me miró seriamente, me quitó la copa de las manos y devoró mi boca.

No sabía qué se le pasaba por la mente en esos momentos en los que me miraba así, pero siempre terminaba queriendo devorarme.

Y, la verdad, es que por qué me importaba poco. A mí me pasaba lo mismo con él y estaba descubriendo a un hombre que me estaba gustando mucho más de lo que debería.

Porque no podía olvidar que con sexo o sin él, ese hombre seguía siendo mi objetivo.

Capítulo 15

Nico.

Tenía ganas de devorarla, de hacerla mía. Esa mujer me estaba volviendo loco y solo pensaba en estar dentro de ella.

Le pedí esos tres días pensando que me aburriría rápido, como me solía pasar. Pero con ella eso no ocurría. De ella quería más, mucho más.

La tumbé en el suelo y me coloqué sobre su cuerpo, sin dejar de devorar en ningún momento su boca.

No sabía si estaba interpretando un papel, de los periodistas me esperaba todo. O si ella era realmente como se mostraba cuando estaba conmigo.

Y la verdad es que en ese momento me importaba todo muy poco, solo quería estar dentro de ella.

Y no quería esperar ni un segundo más.

Desabroché su pantalón y lo bajé junto a su ropa interior. Desabroché el mío, me coloqué el preservativo y me quedé de rodillas, entre sus piernas abiertas. Agarré sus nalgas y levanté sus caderas para entrar en ella con fuerza.

La sensación era increíble. Ojalá pudiera hacerlo sin esa goma, ojalá pudiera sentir su calor por completo.

Pero no podía arriesgarme a nada de eso.

No con alguien a quien no volvería a ver más, alguien que seguramente estaba haciendo todo eso, vendiendo su cuerpo, para despegar en su carrera.

Deseché ese pensamiento y me centré en hacerla mía.

Entraba y salía con fuerza, haciéndola gemir. Yo estaba a punto de llegar al éxtasis, pero no lo haría, no hasta que ella se deshiciera entre mis brazos.

Miraba su cara sin perderme un detalle. Cómo echaba la cabeza para atrás, cómo el placer coloreaba de rojo su piel, los gemidos que salían de su garganta y cómo se mordía el labio para evitar chillar.

Por mí podía chillar todo lo que quisiera, conmigo, en ese momento y en ese lugar, era libre.

Me miró a los ojos y gritó, su cuerpo temblando, su vagina contrayéndose alrededor de mi miembro.

Sí, ese era el orgasmo que esperaba de ella.

Solo entonces me dejé llevar y me rendí al placer, hasta caer en el suelo, a su lado.

Suspiré. Había sido el mejor polvo de mi vida y, aun así, quería más de ella.

¿Pero qué demonios me estaba pasando?

La escuché suspirar y apoyó su cabeza en mi cuerpo. cerré los ojos, ¿lo hacía porque lo sentía de verdad?

No sabía por qué, pero no sabía si quería conocer la respuesta a esa pregunta.



Capítulo 16

La salida con Nico había sido para no olvidarla jamás. Aunque después de haber tenido sexo estaba algo extraño, demasiado serio, los momentos que compartimos siempre los recordaría.

Era ya de noche, estábamos en la casa. Sentada en el porche, con una copa de vino en la mano, cogí el móvil cuando sonó.

—Joder, hasta que me contestas. ¿Es que no has visto la cantidad de llamadas que te hice? —preguntó Max, histérico.

—Sí, pero no podía hablar...

—Que no podías hablar en todas estas horas... ¿Qué está pasando, Martina? Además, ¿por qué vino un tío a recoger ropa y cosas para ti?

—Nada, estoy pasando esa semana con Nico.

—Nico... ¿Pero desde cuándo es Nico?

Me separé el móvil de la oreja.

—No hace falta que me grites como un gay loco —me quejé—. ¿Qué te pasa? Sabías que iba a estar una semana aquí.

—Sí, ¡pero no que dormirías ahí también! Además, no hay comida en tu casa, ya me dirás qué hago.

—¿Irte a la tuya?

—No me encabrones, Martina. Y dime qué es lo que está pasando. Te

conozco y sé que algo pasa.

—No pasa nada. Estoy cumpliendo con el trato, nada más. Pasado mañana estoy en casa, ya te contaré todo.

—Te has acostado con él, ¿verdad?

Joder, ¿pero cómo se había dado cuenta?

—No —mentí.

—No, claro que no, por eso tienes esa voz y ese tono de enamorada.

—Deja las películas románticas —puse los ojos en blanco.

—A mí no puedes dejarme así, Martina. Ya puedes ir escupiendo todo o te juro que...

Le colgué cuando vi que Nico se acercaba a mí. Imaginaba a Max despotricando y maldiciendo cuando se diera cuenta de que estaba hablando con nadie. Sonreí, siempre era igual de dramas, no iba a cambiar.

—¿Trabajo? —me preguntó.

—No, Max... —resoplé— Es peor que un grano en el culo.

—Seguro que solo se preocupa por ti.

—Hombre, solo no. También lo tengo que casi mantener, es como un hijo pero a lo adulto —me reí.

—Eso dice John que soy yo —rio él, se sentó en la butaca de al lado.

—Seguro que el pobre hombre tiene razón, por lo que te conozco, cabezota eres.

—Un poco —me sacó la lengua—. Pero tengo la cabeza en mi sitio.

—Sí, de eso también me di cuenta.

Nos quedamos mirando a la nada, en silencio, disfrutando de ese momento.

—¿Puedo preguntar por qué Miami? —hablé unos minutos después.

Nico cogió aire y al cabo de unos minutos, cuando ya había dado por perdido el que me pudiera responder, habló.

—Tengo un proyecto importante aquí. Llevo meses con él, pero lo hacía todo desde la distancia. Aún no está listo, queda mucho por hacer. Así que decidí mudarme un tiempo para poder estar más al tanto de todo.

—Y supongo que el tenerme a mí aquí no te deja tiempo para ir adonde sea que tengas que ir —adiviné.

—Pues sí —sonrió—. Pero mientras se encargan de ultimar detalles... Yo me

tomo unos días de descanso —me guiñó el ojo—. El lunes veré cómo va y si ya está todo listo, como quiero.

—Y obviamente no me vas a decir de que se trata.

—Por tan lista que eres es que elegiste periodismo —rio, haciéndome reír.

—A mis padres no les gustaba esa profesión —sonreí, recordando las charlas que me había dado mi madre. Nico me miraba, pendiente a todo lo que le contaba—. Me decía que yo no servía para eso, porque ella sabía en qué terminaría trabajando y que no era algo para mí.

—¿Por la prensa rosa?

—Sí. Y no se equivocó, pero siempre fui muy cabezota y como se me metiera algo en la cabeza...

—Me lo imagino —sonrió.

—Hice la carrera, estuve trabajando algo pequeño allí, donde vivía, pero tenía la necesidad de salir, de conocer mundo, de demostrarme que sola podía con todo. Y cometí la locura de venirme.

—Y no te ha ido mal.

—No, nada mal. Tragué mucho y ahora mi puesto depende de un hilo, mi vida aquí también. Pero me he demostrado y me sigo demostrando cada día que puedo con lo que sea y que soy capaz de conseguir lo que realmente quiero si lucho por ello.

—¿Sin importar las consecuencias?

Me quedé pensando en la pregunta.

—Sí, creo que a veces las artimañas y las consecuencias no importan si se consigue lo que se desea.

Nico se quedó mirándome, como solía hacer y volvió a mirar al frente, al jardín, a la oscuridad...

Le había dicho eso y era lo que siempre había pensado, pero en ese momento dudaba hasta de eso. No valía de todo para conseguir algo. Había cosas mucho más importantes que uno mismo.



Capítulo 17

Al día siguiente, por la tarde, aparcó el coche delante de lo que parecía ser un edificio en obras. Era bastante grande, estaba en las afueras de la ciudad.

—¿Qué es esto? —pregunté al bajar del coche.

—El proyecto del que te hablé.

Lo seguí hasta el interior del edificio. Iba saludando a cada trabajador como si lo conociera de toda la vida, algo que me llamó mucho la atención.

Las obras, de lo que fuera ese lugar, estaban bastante avanzadas. Casi terminado, parecía ser.

—¿Qué es? —volví a preguntar.

—Demos una vuelta, tengo fe en que tú misma lo averigües.

Y eso hicimos, caminar por allí, por cada estancia, subir a la planta superior, con decenas de habitaciones.

Por más vueltas que le daba, no llegaba a descubrir qué estaba viendo.

Y me fui de allí sin saber qué era.

—Pero dime qué es —pregunté, desesperada, como por trigésima vez, cuando llegamos a su casa.

—¿Te gustó?

—Sí... Hombre, a ver, aun le quedan detalles y como tampoco sé de qué se trata, pues no puedo opinar mucho.

—Ese lugar es muy yo, Martina. Si conoces eso, me estás conociendo a mí —dijo muy serio.

—Joder con los acertijos. A ver, Nico. Acepté quedarme sin ser la periodista con un propósito, pero si me muestras algo, al menos cuéntamelo todo, no me dejes así, ¿no?

—¿Eres siempre tan insistente?

—Claro. ¿Y tú eres siempre tan capullo? —refunfuñé.

Se paró antes de llegar a su dormitorio y me miró a los ojos, con sus cejas elevadas.

—Pues la verdad es que sí —y se rio a carcajadas.

—Dios, dame paciencia... No es un hospital, no es una clínica privada...

—Que para el caso es lo mismo, entran en la misma categoría —entró en el dormitorio, yo me senté en su cama.

—Lo que sea, da igual. Es que no se me ocurre otra cosa con lo que vi.

—Pues deberías de pensar un poco más...

—Joder... No me digas que...

Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué? —preguntó con curiosidad.

—¡Es un puticlub! ¡Claro! Por eso tantas habitaciones, si ya decía yo.

Claro, ya me cuadraba todo. Incluso mi teoría de que él era un hombre que vendía su cuerpo.

—Un puticlub... —dijo muy serio.

—Claro —me levanté de la cama, levanté las manos, ya lo entendía todo—. Yo tuve razón desde el principio. Es un puticlub de lujo.

—Martina...

—Pero hijo, siendo así que mira, no es que yo sea una mojígata, puedes hacer con tu cuerpo y con tu dinero lo que quieras, pero...

—Martina...

—Joder, podías haberle puesto otros colores, esos no quedan muy bien, que parece más bien un hospital infantil. A un puticlub se le pone el rojo, lila.

—Rojo y lila...

—Claro... Bueno, digo yo, no te pienses que es que estuve en ninguno, ¿eh? Pero por lo que veo en la tele y lo que me imagino. Aunque aún estás a tiempo.

Nico se sentó en la cama y yo me paré frente a él.

—¿A tiempo de qué? —preguntó.

—Pues de pintarlo todo de un color mejor. No nos queda mucho tiempo juntos, pero puedo darte algunas ideas antes de irme mañana.

—Ideas para el puticlub.

—Sí, incluso si quieres, puedo ayudarte después con la decoración. No tiene que haber nada entre nosotros, yo solo puedo, no sé... Es que hijo, qué puticlub más soso —resoplé.

Yo ya me había montado mi propia película en la cabeza y era una oportunidad de oro para volver a verlo porque la verdad es que estaba pensando en que al día siguiente todo se terminaría y me daba tristeza pensarlo.

Nico no dejaba de mirarme, con esa seriedad característica hasta que, finalmente, estalló en carcajadas.

Yo no sabía qué era lo que le hacía tanta gracia, pero él terminó tumbado en la cama, desternillándose de la risa.

—Joder, divertida eres —rio.

—Gracias —dije con ironía.

Porque yo no veía nada de divertido en que el puticlub fuera tan feo, la verdad.

Las cosas o se hacían bien o no, pero cuando la gente fuera a ese lugar...

—Eres la hostia —dijo entre risas.

—Nico, piensa —lo agarré de la mano y lo hice sentarse de nuevo.

—En qué tengo que pensar —él solo sabía reír.

—Cuando la gente entre a ese lugar... Que te juro que no te juzgo por nada de eso —insistí—. Joder, es que cuando entren... Se les va a bajar todo el tema —dije señalando a su pene.

La carcajada de Nico resonó en toda la casa.

—Me va a dar algo —dijo muerto de risa.

—Solo intento ayudar.

Cuando terminó de reír, volvió a ponerse serio y me miró a los ojos.

—¿Quieres ayudarme de verdad, Martina? —preguntó seriamente.

—Claro, si puedo hacerlo, con lo que quieras.

Cogió mi mano, tiró de mí y me hizo sentarme en sus rodillas.

—Entonces mejor deja el tema y bésame.

—Oh...

Ni tiempo me dio, me devoró él a mí. Como siempre hacía, con el deseo haciéndose cargo de nuestros cuerpos.

—Llevo todo el día con ganas de ti —gimió entre mis labios.

Lo besé, como respuesta. Yo también. No iba a mentirme a mí misma en eso.

Los besos llevaron a lo de siempre, a terminar sin ropa, desnudos, tumbados en la cama.

A disfrutar del cuerpo del otro como si nunca pudiéramos saciarnos.

Las manos frenéticas, como nuestras bocas, como siempre que estaba dentro de mí.

Y terminamos extasiados, sudorosos, tocando el cielo.

Así era como me sentía siempre con él.



Capítulo 18

Era la última noche que pasaría en ese porche. Al día siguiente volvería a mi casa y al parecer tenía una exclusiva con la que podía convertirme en la periodista del año. Pero nada de eso me importaba en ese momento, solo pensaba en que sería la única noche que estaría allí.

Era de madrugada y estaba tomando el aire, con un té helado en la mano y mirando a la oscuridad de la noche.

—Te busqué por todos lados.

Miré atrás cuando Nico habló. Sonreí cuando se sentó a mi lado.

—¿Pensabas que estaba de espía por tu casa? Te prometí que no sería periodista estos días —bromeé.

—No, solo pensé que... —pero se calló, cogió mi vaso, bebió un poco y me lo devolvió.

—¿No podías dormir? —cambió el tema.

—No... Me apetecía salir a pensar un poco.

—¿Y en qué piensas?

—En nada —mentí—. Y eso es lo mejor. Disfrutar de la nada y de la soledad. Hubo un tiempo de silencio antes de que él comenzara a hablar.

—Yo pasé muchas noches en silencio. Y me daba miedo a veces —lo miré, pero tenía la mirada perdida en la oscuridad de la noche.

—¿Miedo?

—Aunque nunca estuve solo, siempre tenía mucha gente durmiendo en el mismo lugar que yo, tenía miedo. Y me sentía solo —suspiró y yo intenté entender, pero no sabía de qué me estaba hablando y no me atrevía a preguntar—. Cuando tenía meses, mis padres me abandonaron.

—¿Qué? —pregunté sin poder creérmelo.

—Me dejaron en la puerta de un hospicio y crecí ahí. Para mí eso era un hogar, es lo único que conocía, pero me sentía vacío. Solo.

—Dios mío... —dije con lágrimas en los ojos.

—John trabajaba allí, era mi amigo. Le contaba mis cosas. Para mí era como un padre. No sabía lo que era eso en realidad, pero era alguien especial. Gracias a él, fui por el buen camino, estudié con mucho esfuerzo y logré sacarme una carrera a base de becas.

No podía creerme lo que me estaba contando.

—Eres huérfano. ¿Y tus padres?

—Los busqué, pero habían fallecido. Las drogas...

—Lo siento...

—Estudié y trabajé duro, pero un día, cuando iba a mi primera entrevista de trabajo, me dio por comprar la lotería. Me aceptaron, empezaba al día siguiente. Pero nunca llegó ese primer día...

—No me jodas que...

—Sí —miró y me sonrió—. Me tocó la lotería —dijo riendo.

—Te quedas conmigo.

—No. Esa es la verdad. Esa es la historia de mi vida. Te dije que no era nada interesante —me guiñó un ojo.

—Entonces no hay puticlub...

—No —rio.

—¿Y ese lugar es...?

—Sé que por más que tengas un techo, siempre te puedes sentir solo, desorientado, desamparado... Pero si puedo ayudar a que ese lugar sea mejor...

—Es un lugar para niños huérfanos.

—A eso es a lo que me dedico, Martina, a intentar ayudar a los demás.

Yo estaba con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y por qué entonces tanto secretismo? Lo que haces es excelente. Tus orígenes no tienen que avergonzarte...

—No, no me avergüenzo de ello. Soy muy celoso de mi intimidad. Y aunque mi pasado está superado, conozco muy bien a la gente. La gente se te pega porque tienes dinero, pero nunca conoces quiénes son en realidad. Y yo, en mi mundo, no dejo entrar a cualquiera.

—Me dejaste entrar a mí...

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé... —dijo esquivo.

—Gracias —dijo emocionada.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Por haberme dejado conocerte.

Me acerqué y le di un dulce beso.

—Y mañana se acaba todo —me recordó.

—Sí, lo sé... —y no quería que pasara.

—Y al final tienes tu exclusiva, aunque no es tan emocionante como la del puticlub —intentó bromear.

Pero yo no estaba para bromas en ese momento.

—Yo solo quiero pasar la última noche contigo —dije con sinceridad.

Me mordí el labio, no quería mostrar más de lo que ya estaba haciendo.

Se levantó y me ayudó a levantarme. Fuimos, en silencio, hasta su dormitorio.

Y esa vez, cuando nos besamos, no fue devorándonos. Fue disfrutando cada segundo del otro.

Esa vez no lo sentí igual.

Estaba la pasión, estaba el deseo. Pero había mucho más.

Había una necesidad de más, al menos por mi parte.

Esa vez no era solo sexo para mí, esa vez me estaba entregando por completo.

Esa noche de despedida estaba haciendo el amor con él.

Terminé y me di la vuelta para que no viera cómo las lágrimas salían de

mis ojos.

Me abrazó, pegando su cuerpo a mi espalda.

—Eres especial, Martina, nunca olvides eso —lo escuché decir mientras me sumía en un profundo sueño.



Capítulo 19

A la mañana siguiente, cuando me desperté, Nico no estaba en la cama.

Me vestí, me arreglé y bajé para ver si lo veía.

—Buenos días —dije al ver a John en la cocina.

—Buenos días, señorita.

—Ay, no, dime Martina. ¿Dónde está...?

—El señor tenía cosas que hacer hoy. Me dejó encargado de llevarla para su casa cuando estuviera lista. Se disculpa con usted, pero no pudo retrasar lo de hoy —dijo apurado.

—Entiendo...

—No tiene por qué irse, puede esperarlo si quiere o...

—No. Tomaré un café y en un rato estaré lista. Te agradecería que nos marcháramos pronto.

—Como quiera, Martina. Y no —dijo al ver cómo iba hacia la cafetera—. Yo se lo preparo.

Me lo sirvió y me senté en la mesa.

—Gracias... Nico me contó anoche lo del orfanato...

—Sabía que lo haría —sonrió—. Fue un chico muy valiente, estudió y trabajó duro. Y la vida le devolvió lo que debía con un golpe de suerte.

—Es una historia un poco extraña. Como poco creíble.

—Lo sé —rio—. Pero así fue.

—Increíble...

—Me permite decirle una cosa, Martina.

—Claro.

—Es muy buen hombre, pero muy hermético. Ha demostrado confiar en usted.

—Sí y no tenía por qué.

—Sí que tenía... Solo espero que algún día lo entienda y que usted también.

—¿Que entienda qué?

—Que en la vida todo está predestinado y que da igual cómo se den las cosas. Lo que es para ti, es para ti.

—No entiendo...

—Lo hará.

—Eso espero, pero yo sin mi café no pienso —bromeé. Me lo bebí y suspiré—. En un rato estaré lista.

—Cuando quiera.

Salí de la cocina y fui hasta el dormitorio de Nico. Me senté en la cama y suspiré.

Se terminaba todo. Y él no estaba ahí para darme el adiós.

Sin embargo, sí me había dado la exclusiva sobre su vida.

Toqué la cama en la parte donde él dormía. Y no pude evitar llorar. No quería irme, quería volver a verlo una vez más, pero eso no pasaría.

Él se había asegurado de que así fuera.

Suspiré y aún con lágrimas en los ojos, recogí mis cosas y me marché de esa casa que en tan pocos días había cambiado toda mi vida.



Capítulo 20

Nico.

Apuré el segundo vaso de ron y miré a John mientras entraba en el despacho.

—¿Ya? —pregunté.

—Sí, ya está en su casa. Y no muy alegre, si es que te interesa saberlo.

—Tampoco creo que esté triste, está en su casa. Y al final logró su exclusiva.

—El que iba a darle alguna falsa... ¿Por qué lo hiciste?

—Se merecía la verdad. Se vendió bastante bien.

—¿Se vendió?

—¿Crees que ella es así? —reí con cinismo— Ella aceptó porque quería saber quién era yo, quería la verdad. Y se vendió muy bien. Se merecía el premio. Aunque ya pudo comprobar que no hay nada succulento detrás de mi historia.

—A lo mejor así dejas de interesarle a la prensa.

—A saber, los conozco bien...

—¿Por qué no dejas de beber? —preguntó cuando me vio rellenarme el vaso de nuevo.

—Porque no, me apetece emborracharme.

—Por haberla dejado marchar.

—No digas estupideces. Yo jugué a esto, solo quería tenerla en mi cama. Hemos jugado los dos bien, al final los dos hemos ganado.

—Te equivocas y cómo me gusta decir eso.

—No veas más de lo que hay, John.

—Si no hay más que lo que dices, ¿por qué te escondiste aquí y no te despediste de ella?

—No me apetecía...

—¿Por qué le mostraste ese lugar tan especial para ti? ¿Por qué le contaste la verdad? No veo más, Nico, veo lo que hay.

—¿Y qué hay, según tú?

—Hay una mujer de la que te enamoraste.

—Nadie se enamora en tres días —reí.

—No, tú te enamoraste de ella desde el primer momento en que la viste. Por eso liaste todo esto y por eso conseguiste tenerla en tu cama.

—Solo fue sexo.

—No olvides que te conozco desde pequeño, sé lo que es solo sexo para ti. Esa mujer entró en tu vida, tú la dejaste entrar. Esa mujer te ha hecho reír como nadie. Con esa mujer te han brillado los ojos. Con esa mujer has llegado hasta el final, proponiéndole cualquier trato con tal de tenerla para ti.

—Eso no es así.

—¿Y qué es lo que esperabas que ocurriera?

—Un buen polvo, solo buscaba eso.

—Esperabas que se enamorara de ti.

—Qué idiotez —resoplé.

—Idiota te vas a sentir tú cuando veas que dejaste marchar a la mujer que amas porque no quieres ser sincero ni contigo mismo ni con ella.

—Fui sincero con ella.

—No, no lo fuiste. Lo hubieras sido si le hubieras dicho: oye, te quiero en mi cama, inventaré lo que sea por tenerte y lo conseguiré. Y además, sé que lo harás, que te acostarás conmigo porque quieres esa jodida noticia, pero te engañaré también.

—Le conté la verdad —dije enfadándome.

—¿Y por qué, Nico? Porque te enamoraste de ella.

—Y si fuera así, ¿qué? Ella va a venderme. Ella ya se vendió a mí.

—Ella es tan tonta como tú.

—¿Por qué dices eso?

—Pregúntatelo a ti, que eres quien estuvo con ella.

Se marchó del despacho y me quedé mirando la puerta.

Yo no tenía nada que pensar. Ella, por mi insistencia o no, se había vendido. Que yo le diera la noticia buena o falsa daba igual, la vendería, la mostraría al mundo para conseguir el lanzamiento que quería en su carrera, para conservar su casa.

Y sí, lo que yo sentía por ella era mucho más, ya era hora de reconocerlo.

Pero no valía la pena una mujer así, por más que me hiciera sentir. En unos días estaría mi historia en todo canal de televisión, si es que no lo estaba ya.

Que hubiera jugado con fuego y me hubiera quemado era problema mío, ya se me pasaría y ya la olvidaría.

Tampoco era para tanto, ¿no?



Capítulo 21

Suspiré antes de dejar la maleta en el salón.

—No entiendo lo que estás haciendo —Max se pasó las manos por el pelo, frustrado.

—Solo vuelvo a casa, Max —sonreí y me senté a su lado, en el sofá. Tenía tiempo de sobra para llegar al aeropuerto.

—Eso es lo que no entiendo. Esta es tu casa.

—No tengo trabajo aquí, lo sabes.

Habían pasado los catorce días que la que era mi jefa me dio para conseguir la exclusiva del año. Y yo le había entregado un folio en blanco.

Después de mucho pensar en Nico, no podía decir quién era. Debía estar orgulloso de su pasado. Y yo debía de respetar su privacidad.

Había aprendido muchas cosas esos días que pasé con él y una de ellas es que no todo valía en la vida. No se podía vender todo, no había nada más sagrado que la intimidad de una persona.

Y yo no iba a traicionarlo.

Si por ello tenía que volver a casa, lo haría, pero con la conciencia tranquila.

—No es malo que cuentes sobre su vida, Martina. Fue un trato y...

—No —corté a Max—. Con eso me he querido yo engañar siempre, pero lo

que viví con él no fue un trato. Sentí, Max, sentí como con nadie.

—Eso lo sé, pedazo de idiota. Tú no te acostarías con nadie por quien no sintieras nada. Te conozco, no te vendes.

—Pues yo decidí hacerlo.

—Tu mente... Es mejor pensar eso y que era por un bien para ti que reconocer que te estabas enamorando de un desconocido. Si me hicieras caso de vez en cuando, no estarías con tu maleta hecha.

—Eso da igual —sonreí—. Me enamoré de él. Todo fue real. Yo acepté porque quería estar con él. Y descubrí a alguien que merece lo mejor. Pero le mentí, yo sé que él pensaba que estaba representando un papel para conseguir mi objetivo, pero no fue así. Además... Él quería de mí lo que quería, también lo supe desde el principio. Y nada más, solo esos tres días.

—Ese tío es gilipollas por dejarte marchar.

—No se puede obligar a nadie a amarnos, Max.

—Pero volver es algo exagerado.

—¿Por qué? Tengo ganas de ver a mis padres. Tengo ganas de sentirme un poco viva. De cambiar mi mente, de ayudar a los demás. Tengo ganas de hacer cosas nuevas.

—Y de olvidarte de él...

—Y de olvidarme de él —tragué saliva, no quería llorar.

—¿Volverás?

—No lo sé, a esta casa seguro que no —reí, el banco se quedaría con ella—. Pero quizás vuelva de vacaciones. O te vienes a verme, como si quieres venirte a vivir allí conmigo.

—Creo que me lo plantearé —suspiró, haciéndome reír.

—Gracias por todo, Max, siempre serás mi mejor amigo.

—Sabía que esto iba a pasar —dijo abrazándome—. Solo prométeme que no te vas con el corazón roto.

—No lo hago —mentí—. Es hora de que me vaya, te voy contando todo y nada más instalarme, te llamo y organizamos para que vengas, ¿vale?

—Siempre contigo, Martina.

Abracé a mi mejor amigo y me marché de esa casa que no hacía mucho fue mi sueño.

Iba en el taxi hacia el aeropuerto cuando lloraba por la tristeza.

Había decidido no publicar nada sobre él. Porque me había enamorado de él.

Si no hubiera sido tan idiota, me habría dado cuenta desde el primer momento, pero mi obsesión por obtener una exclusiva me tenía ciega.

Incluso estaba convencida, a veces, que vendía mi cuerpo para que intercambiáramos intereses.

Pero como decía Max, yo no me acostaba con cualquiera.

Y había sido Nico porque lo que sentía por él era muy real.

Suponía que ya ni él se acordaría de mí, total, solo fue un juego. A veces pensé que era sincero, que de verdad se abría a mí. Pero ni siquiera de despedió de mí.

La respuesta estaba clara, ya nuestro pacto había terminado.

Poco más podía hacer.

Pero lo que había vivido con él también me había ayudado a entender que no quería seguir ejerciendo una profesión así. Que invadía la vida y la privacidad de gente a la que eso le podía perjudicar.

Y no quería que la gente supiera la labor que ejercía con los más desfavorecidos. Si él lo mantenía dentro de su círculo, yo no era nadie para gritarlo a los cuatro vientos. Aunque se mereciera todo lo mejor por lo que hacía.

Había aprendido todo eso y había aprendido que mi madre tenía razón y que ser periodista no era lo mío.

Ya me plantearía de nuevo mi vida en España. O quizás podía conseguir ejercer con otro tipo de periodismo, quién sabía...

Pero sobre todo, había aprendido que me había enamorado del hombre equivocado.

Lo habíamos disfrutado esos tres días, pero cada uno seguiría con su vida y no seríamos más que un recuerdo en la vida del otro.

Aunque para mí, él siempre sería mucho más.

Porque se había metido dentro de mi corazón.



Capítulo 22

Nico.

—Deja de ver esos programas de televisión, no van a hablar sobre ti. No ha vendido ninguna exclusiva —dijo John, como hacía cada día desde que Martina se marchó de mi casa.

—Pues te equivocas y cómo me gusta decir eso —dije, repitiendo sus palabras—. Porque acaban de anunciar que tienen algo muy importante sobre el señor Nicolás Ugarte y que en unos minutos contactarán con el corresponsal que dará la información.

—Ah sí, eso... Pero tardarán un poco más en contactar, puesto que estás aquí aún.

—¿Y dónde se supone que debo estar?

Me puso su móvil sobre la mesa y me enseñó un selfie de Martina en el aeropuerto. Me dolió el pecho al verla, sonreía, ¿pero y esas ojeras? ¿Por qué esa tristeza en la mirada? Y lo que era peor...

—¿Pero qué mierda hace en el aeropuerto? ¿Y cómo tienes esa foto?

—Me la envió Max —dijo tan tranquilo.

—¿Desde cuándo sois amigos?

—Desde el día que fui a por ropa para Martina y casi me deja KO con un

jarrón, menos mal que tengo reflejos —rio—. Se vuelve a España.

—¿Qué?

—El artículo que escribí sobre ti fue una hoja en blanco, eso le entregó a la revista y por eso la echaron. No te ha vendido, Nico. Como no se ha vendido ella.

—¿Pero por qué...?

—Joder, ¿es que no lo ves? Estuvo contigo porque quiso estar contigo. Que intentó sonsacar cosas sí, como tú se la jugaste para tenerla donde la querías, pero nada más. Ha dejado su vida aquí, ha dejado su carrera, se vuelve a su país.

—No entiendo por qué... Podía haberlo contado.

—Podía haber hecho muchas cosas. Pero lo que quería era estar con el hombre que ni siquiera le dijo adiós después de esos días.

—Todo esto es una treta tuya.

—No entiendo qué gano con eso. Quiero verte feliz, Nico. Y ella te hace feliz. Y no has vuelto a sonreír desde que se fue. Así que como espero que no seas tan estúpido de dejarla marchar de nuevo, he llamado a la prensa para que ahora no solo te persigan a ti, si no también a ella cuando vean lo que hay entre vosotros.

—Eres un capullo.

—Sí, pero no dejaré que pierdas la felicidad. ¿Así que nos vamos?

Me quedé pensando unos instantes. ¿Por qué mierda no había vendido la exclusiva?

—He hecho el imbécil —dije frustrado.

—Nada, solo un poco el tonto. Reconocer que se está enamorado no es fácil. Sobre todo de una periodista —rio—. Levanta el culo, hombre, que al final despega el avión.

—Gilipollas —me dije a mí mismo mientras salía de ese despacho.



Capítulo 23

Lo más desesperante del mundo era esperar en un aeropuerto. Menos mal que ya había pasado el control de seguridad, a ver si ya abrían las puertas para poder embarcar.

—Pasajeros del vuelo 7568 con destino a Madrid, España, por favor, pónganse a la cola. Comienza el embarque.

Por fin, pensé.

A ver si todo era rápido y podía sentarme ya en el maldito avión. Tenía ganas de irme y de llegar a casa. Necesitaba dejar los recuerdos de Nico atrás.

—Siguiente —dijo la azafata.

Pues esa era yo. Me adelanté un poco y fue a poner mi pasaporte y el billete sobre el mostrador cuando alguien me agarró del brazo.

—Tú no vas a ningún lado.

Lo miré, con los ojos abiertos de par en par sin saber qué estaba haciendo allí.

Dios, eso no era bueno para mí, eso solo removía sentimientos que debía de olvidar.

—¿Pero qué...?

No me dejó ni terminar la pregunta, tiró de mí y me llevó hasta una esquina de la sala mientras la gente nos miraba y cuchicheaba.

—¿De verdad crees que te vas a ir del país? —preguntó, enfadado — ¿Sin decirme nada?

Pero bueno, ¿de qué iba?

—¿Y desde cuándo tengo yo que darte explicaciones a ti? —pregunté, incrédula.

—Desde que decidiste pasar esos tres días conmigo.

—Nico... Eso ya pasó. Lo hice porque quería mi exclusiva. Me la diste. Tú no sé qué buscabas, pero lo imagino. Esos tres días pasaron, dejémoslo así.

—Si es así, tan simple, ¿por qué no contaste la verdad?

—No tenía derecho a hacerlo.

—Como tampoco tienes derecho a mentirme.

—Yo no te estoy...

—Sí que lo estás haciendo. No me digas que aceptaste estar conmigo por conseguir la exclusiva, Martina, porque te juro que lo creí mucho tiempo, pero ahora sé que no.

—Claro que...

—No me mientas —me interrumpió—. Desde el momento en que te vi, te quise para mí. Iba a hacer lo que fuera para mantenerte cerca y llevarte a mi cama. Solo era un juego —eso me sentó como una patada en el estómago, lo imaginaba, pero oírlo de él dolía—. Y lo hice, jugando contigo, creyendo que harías de todo con tal de conseguir lo que querías. Me aproveché de ti.

—No lo hiciste, yo acepté por eso.

—No —rio—. Tú no harías algo así. Me ha costado verlo porque soy imbécil, pero te conozco. Tú no eres esa mujer que se vendería por nada. Tú eres esa que yo conozco, con la que he compartido cosas que con nadie. Esa mujer que sueña con ayudar a los demás. Incluso me quisiste ayudar a mí aunque fuera un puticlub mi proyecto —sonrió.

—Bueno, estaba actuando...

—No lo hiciste, ni yo tampoco. Nos mentimos, jugamos para conseguir lo que queríamos porque no queríamos reconocer lo que ocurría entre nosotros.

—Nico, no... —cerré los ojos, yo no quería que él supiera lo que sentía por él.

—¿Por qué no me lo dices? ¿Por qué no eres sincera? —cogió mi cara entre

sus manos— Jugué contigo porque te quería en mi cama. Hice lo que pude por tenerte porque me quedé loco por ti desde el primer momento en que te vi. Te he contado la verdad de quién soy porque quería que me conocieras de verdad. He sido yo, sin máscaras en cada momento que te tuve entre mis brazos. No he fingido cuando me has hecho temblar. No he fingido cuando te he mostrado lo más íntimo de mí.

—Solo fueron tres días...

—Suficiente para enamorarme de ti.

—Ahora reconoce las cosas tú. Porque te juro que nos quedaremos aquí hasta que lo hagas. Reconoce lo que sientes por mí.

Cerré los ojos antes de volver a mirar los suyos.

—Nico...

—Dime la verdad, Martina. Dime por qué no vendiste esa estúpida exclusiva. Total, no me habría hecho daño.

—No tenía derecho —lo miré a los ojos—. Y por más que me había intentado convencer a mí misma... Nunca la habría vendido, Nico.

—Lo sé —sonrió—. Ahora dime por qué aceptaste estar conmigo.

—Porque te quiero —reconocí—. Me enamoré de ti.

La sonrisa en su cara antes de besarme fue lo más bonito que vi en la vida.

—Hemos hecho un poco el tonto, ¿no crees? —rio al dejar de besarme.

Miré a la gente que aplaudía y que nos vitoreaban.

—Bastante sí, sobre todo porque ¿qué hace un periodista tomándonos fotos?
—pregunté con la boca abierta.

—A mí no me digas, mata a John. Vamos a casa, ya mandaré por tu equipaje.

—¿A qué casa? La mía...

—A la nuestra, amor, porque empieza a entender que el pacto de tres días aumenta.

—Oh... —lo seguí, caminando rápidamente— ¿Y aumenta por cuánto tiempo?

—Para toda la vida, claro —dijo muy convencido.

—Claro —reí, nerviosa.

Al salir del aeropuerto, los dos casi corriendo con el periodista sin dejar de hacernos fotos y otro reportero con el micrófono haciéndonos preguntas, nos montamos en el coche y John no tardó en arrancar.

—Me alegra de verla, Martina —sonrió.

—Igualmente, John y por favor, puedes tutearme. ¿Pero me puedes explicar por qué hay prensa del corazón pendiente a esto?

—Max y yo los llamamos. Ya que conseguimos que dejarais de hacer el tonto y poder veros juntos, vimos justo que ya que te quedaste sin exclusiva, tú te convirtieras en ella. Además, así no perseguirán solo a Nico, desde hoy a ti también —rio John.

—¿Estabas de acuerdo con eso?

—Me acabo de enterar —se defendió mi amor—. Pero tiene razón.

—Yo no pienso aguantar a la prensa, no lo llevaré bien.

—Si lo hago yo, lo harás tú

—No sabes lo que es ser periodista... —refunfuñé.

—Creo que lo sé, Martina, estudié eso en la universidad —rio Nico.

—Joder —dije incrédula—. ¿Hay algo más que tenga que saber sobre ti?

—Sí —cogió mi cara entre sus manos y me besó—. Que te amo y que no volverás a separarte de mí en la vida.

Y con ese beso, empezó, por fin, una bonita historia de amor.

Con una gran exclusiva incluida....



Epílogo

Nico.

—Amor, despierta.

—No quiero —dijo somnolienta.

—¿Vamos a llegar tarde a la inauguración del orfanato?

Abrió los ojos y me miró.

—Joder —se levantó rápidamente—. Pero mueve el culo, ¡que se nos hace tarde!

Me reí, como siempre con ella.

—Vamos bien de tiempo, aún son las siete.

—¿Y si la inauguración es a las diez para qué me despiertas tan temprano?

—Porque tengo ganas de ti —me levanté, la cogí del brazo y caímos los dos en la cama.

Con cuidado, claro, que la barriga que tenía ya era impresionante.

—No sé qué vi en ti —suspiró.

La besé, devorándola, como siempre.

—Yo tampoco lo sé, pero espero que sigas viéndolo.

Hacia un año que estábamos juntos. Nueve meses de casados y ella con una barriga de cinco meses que la hacía lucir más preciosa de lo que era.

Desde que me la llevé del aeropuerto, no le dejé escapar. No llevaba muy

bien que la prensa también la persiguiera a ella, pero se acabó acostumbrando.

Desde ese momento, habíamos vivido juntos y se había involucrado en todos mis proyectos, incluso creando proyectos nuevos que llevaba ella sola.

Era feliz, como nunca imaginé serlo y daba gracias a la vida por tenerla cada día a mi lado.

—Irá bien, confía en mí, pero ahora déjame disfrutar de ti —ronroneé en su cuello, haciéndola reír.

Y lo hice, disfruté de ella y la amé como lo hacía cada día.

—¿John tiene controlado que no haya prensa? —preguntó después de hacer el amor, cuando estaba apoyada en mi pecho.

—John sí, pero es del otro del que no me fío.

—Ni yo —resopló—. Aún no sé qué hace Max como miembro del equipo de seguridad de esta casa.

—Pregúntale a John, se hicieron amigos.

—A ver si no van a ser algo más —rio.

—En esta vida me espero de todo.

—¿De todo, seguro?

—Menos que tú me dejes, claro —dije, orgulloso, confiaba en ella y sabía que me amaba tanto como yo la amaba.

—Nada es seguro en esta vida, Nico —dijo para picarme.

—Mi amor por ti sí —la miré a los ojos, serio—. Estuve a punto de perderte una vez y no volverá a ocurrir.

—Lo vi, no me dejas ni a sol ni a sombra —rio.

—¿Tanto te molesta?

—No, amor, te quiero siempre ahí —me besó.

Y ahí estaría siempre, se lo hacía saber cada día.

Lo nuestro comenzó como un juego y terminó convirtiéndose en lo más importante de nuestras vidas.

Un simple pacto de tres días nos cambió nuestro mundo.

Y ese pacto iba a estar presente hasta nuestro último aliento.

Porque cuando el amor aparecía y era real, nada se podía hacer por evitar que siguiera adelante.

En la vida, lo que tenga que ser, será.